

Brecha

AÑO 2

ARTES

DICIEMBRE DE 1957

LETRAS

No. 4

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENDE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío — Precio: 1 colón

Centenario de "Flores del Mal" de Charles Baudelaire

Por Enrique Macaya Lahmann

Cien años han pasado desde la publicación de "Las Flores del Mal". A esa distancia de un siglo, ¿ha perdido acaso su actualidad la obra de Baudelaire?

No sería aventurado afirmar que la poesía "moderna" se inicia con la publicación de tan importante obra. Y esta mutación tan radical en la historia de la literatura, se realiza casi sin perturbar el equilibrio de una gran tradición clásica a la cual pertenece en su totalidad y sin lugar a duda alguna, la obra poética de Baudelaire. La poesía de "Las Flores del Mal" es la poesía de París. Por eso, París sigue siendo el santuario lírico del poeta. Pocas veces una obra literaria ha pertenecido con tanta plenitud a una ciudad, como en el caso de París y de Charles Baudelaire. El tránsito de su genio, es también el tránsito de su angustiada vida parisiense.

La fecha es significativa: mediados del siglo XIX. Cuando París pierde sus últimos rasgos de vida aún identificable por personas, barrios y paseos, para convertirse en la gran ciudad unánime, unificada por la niebla y sus horizontes casi infinitos. Súbitamente, París había adquirido un color incierto, un aspecto co-

mo de fuga y una atmósfera indefinida, formando un todo desconcertante, pero ya vestido de eternidad.

Con Baudelaire aparece en la literatura el "spleen" de París, la neurosis de la gran ciudad.

Cuando el poeta trata de buscar un refugio provinciano en

la Isla San Luis, el refugio es apenas aparente y hasta ese rincón solitario le persiguen sus "paraísos artificiales".

Debemos distinguir dos aspectos fundamentales en la obra de Baudelaire: el uno, su permanencia como obra clásica; el otro su influencia renovadora inme-

diata de ayer y lo que esta influencia puede todavía inquietar en el futuro.

En nuestra opinión, nada hay de revolucionario o innovador en la "forma" poética de Baudelaire.

Baudelaire es tan puro y ortodoxo en la forma como el mismo Racine; por eso Francia—aún en sus críticos de mayor resistencia ortodoxa— ha visto siempre en su obra la presencia tradicional del genio francés.

La clasificación literaria por "escuelas" tiene algo de forzado y de convencional. Sin embargo, si de colocar a Baudelaire entre ellas se tratase, nuestro poeta iría por densidad rotunda a la escuela parnasiana, no obstante el haberlo considerado los simbolistas como su precursor más inmediato.

No defendemos ni criticamos nosotros el clacisismo "formal" de Baudelaire. Únicamente nos interesa hacer notar que al afirmarse Baudelaire en una tradición formal, esto no le impidió ser el poeta más actual e innovador de su época.

Para el poeta de "Las Flores del Mal", el Romanticismo—que aún en su tiempo todavía tenía plena fuerza de vivencia— fue únicamente una "perturbación"



CHARLES BAUDELAIRE

El hombre en busca de su Dios

Por Fernando Centeno

Creo en la poesía porque creo en el hombre. Creo en el hombre porque creo en Dios. Se ha dicho que, sólo debemos hablar de lo que amamos; voy a hablar del hombre que busca a Dios por medio de la poesía.

Verbo y atributo de la vida —tal vez la vida misma—; ser incognoscible y de múltiples presencias; mar a donde van las aguas de la sed, la duda y la pregunta; verdad demostrada por El mismo en el teorema de la Creación.



para la visión clara y concreta de su poética. Una perspectiva puramente exterior del arte. Era necesario volver a un arte "interior" y, justamente, para poder volver a ese arte interior, Baudelaire necesitaba el apoyo rígido de una expresión poética ortodoxa y definitiva. Solamente un instrumento bien afinado puede dar las notas exactas de la vida íntima de un artista.

Esta maravillosa ecuación —sutil a veces y aparentemente hasta contradictoria— entre rigidez formal y plena libertad poética característica de "Las Flores del Mal", no es algo extraño a la Literatura Francesa. El Siglo XVI, con "La Pleyade", es también ejemplo de ello. La reforma de Du Bellay y de Ronsard se acompañó, al mismo tiempo, de la actualización de viejas formas clásicas. Si miramos además hacia España, Garcilaso y Boscán ofrecen un aspecto muy parecido. Y el "c'acisimo" de Rubén Darío comienza ya a ser base importante para la justa interpretación de su obra.

Tampoco fue Baudelaire escritor de clara "doctrina" literaria. Integral ante la comprensión artística —pintura, música y poesía— vive un mundo de relaciones estéticas con plenitud rara vez alcanzada por otros artistas de su misma época, pero sin buscar en todo ello, la "regla" o el desglose capaz de llevarlo hacia un programa claro y preciso de reforma o de innovación literaria. En su crítica de los "Salones" nunca busca la valorización absoluta de los pintores contemporáneos; busca siempre, más bien, la afinidad íntima, la igualdad de valores vitales, la común sensación de la gran neurosis de su siglo.

Se ha pretendido ver en el famoso soneto "Correspondencias", todo un programa o manifiesto literario. Puede ser que esto sea así. Sin embargo, es difícil que Baudelaire le diera, o pretendiera darle, esa trascendental intención. "Correspondencias" describe —como casi toda la obra del poeta— una nueva "actitud" literaria. Ya tendremos ocasión

de volver más tarde sobre este asunto.

Pues bien, si Baudelaire es casi estático en su aspecto formal y aparentemente indiferente a un posible programa de reforma literaria, ¿en dónde reside entonces su inmensa importancia para la poesía moderna?

Baudelaire va a la poesía en directa actitud creativa, sin programa a realizar previamente concebido. Pretender lo contrario, equivaldría a interpretar con base inicial falsa toda la realización poética de "Las Flores del Mal".

Hemos hablado de una actitud poética y vale la pena acentuar un poco esta palabra "actitud" con respecto a Baudelaire. Fue éste, justamente, su gran aporte al arte del siglo, tomar la actitud poética que le correspondía.

El Romanticismo había dado al siglo XIX todo un arte exterior, conceptuoso y abundante. Baudelaire tomará, por el contrario, una actitud íntima y profundamente personal. La vida unánime y tumultuosa —"oh terremoto mental" como diría Ru-

Dios... ¿Y el hombre?

No un ser biológicamente contruido para el vigor y la ciencia: ente psíquico, organizado para la intuición, el sentimiento abstracto; para comprender las dimensiones de la materia, para crear, con lo objetivo, el mundo de sus imágenes; criatura material, poseída por los espíritus de la creación y el ensueño; alma predestinada al infierno de la interrogación y de la rebeldía, al clima celeste de lo poético, al cielo de la bienaventuranza y el amor.

Dios. El hombre... ¿Y la poesía?

Otto Weininger llama a lo

bén Darío— le vuelve introvertido. Su poesía será la "historia de un alma" como en el subtítulo de la magnífica obra que sobre Baudelaire ha escrito Franco Porché, afortunadamente ya disponible en traducción castellana. No nos parece acertado buscar antecedentes inmediatos a la poesía de Baudelaire; su arte es un arte casi sin premisas; únicamente reclama formas de expresión concretas que le permitan el íntimo deslinde de su personalidad. Por eso Baudelaire es aún —seguirá siempre siéndolo— un poeta difícil. Todo en él es íntimo y relativamente subjetivo: vocabulario, temas, presencia subjetiva del paisaje. París, su ciudad poemática y gris, será siempre la gran arcilla para sus poesías.

La encuesta del artista perdida entre la neurosis de los temas nunca encontrados y de las concreciones siempre imposibles, fue planteada con "Las Flores del Mal" hace ya un siglo. Y la encuesta continúa todavía. Por eso Baudelaire será siempre un poeta actual y eternamente renovado.

trascendental, "la cantidad mínima de lo eterno". La poesía no es sólo un ejercicio de arte que hace válida y posible la substancia del sueño; sino también, quehacer espiritual trascendente, "cantidad mínima de lo eterno", diálogo abierto con la divinidad. Para Shelley, "la poesía redime de la muerte las visitas de la divinidad al hombre". Y agrega el inmortal ahogado de Spezia: "En la infancia del mundo ni los poetas mismos, ni sus oyentes, se dan cuenta cabal de su excelencia; porque la poesía obra de una manera divina e imperceptible, más allá y por encima de todo saber consciente". Acto y fenómeno de recreación cósmica o telúrica —nunca vulgar o pedestre porque traicionaría su

alta naturaleza—. El canto es sagrado. Operación aritmética divina, resuelta con guarismos humanos. Oración, es decir, impulso ascensional del alma.

El hombre genera la poesía y ésta crea al hombre. Solamente el espíritu es apto para el clima de lo poético. De la veta recóndita de intuiciones y vivencias, de pensamiento y sentimiento en maridaje, extrae la materia y las esencias vitales para la forja de la poesía. Ante el deslumbramiento del universo —sea la máquina pequeña y prodigiosa del insecto, o el milagro de los átomos desatados por la mano infantil y milenaria del hombre— el espíritu fabrica su lenguaje, inventa la palabra —que parece recién nacida:

"¡Taumaturgo del átomo,
hacedor de pájaros y rosas!
(digo la palabra que está esperando
la vida en mis labios).

Tu átomo indicó los puntos cardinales
al caracol, al árbol, a la nube,
y en el aire plantó su siembra gemidora
y de mortales vientos y crepúsculos.

Señor de la célula múltipara,
del electrón colérico
y vegetales pueblos de bacterias:
veo brotar en tu entraña sensible
el oculto carbón de la tristeza.

Son tuyos: el cielo, y la luz, y la noche,
y los viejos molinos del tiempo.
La errante trompeta del aire
nueva vida te anuncia
¡oh creador de desnudos arcángeles!

Tú, que cuando te arrodillas
cobras celestial altura.

Tú, que a las blancas comarcas de la aurora
—inhabitadas todavía y sin nombre—
pides canto de nocturnos ruiseñores.

Tú, que pesas la tarde y mides con tu metro
la duración de los crepúsculos.

Tú, hombre y dios, hombre futuro,
que creas en la vida y en el sueño
tus islas de esperanza y mis cisnes de luto".

Niño que juega a la "gallina ciega", gira; palpa el aire; registra; inquiere el espíritu. Orienta sus antenas de caracol, y lanza su primer mensaje, su virgen pregunta:

"¿Por qué, después de tanto trabajar en ellas,
rompe la Naturaleza
la vida de los cisnes y las rosas perfectas?"

A su interrogación no hay respuesta: alguien malogra la lírica pregunta donde latan ya gérmenes de duda y rebeldía. El Demonio está presente en el nacimiento de la rebeldía: es el Hada Ma-

drina del rebelde y del blasfemo. El hombre duda; revela incertidumbre su interrogación. Inquiridor sistemático, descubre el reino de la paradoja y la antinomia...

"... La paloma azul que se ha dormido
en las pupilas incendiadas de las fieras".

Conoce el esplendor y la nobleza de lo humano y su rastrear infra-terrestre. Sabe que el hombre, escoltado por la muerte, puede ir más allá de su destino; que la piedra sueña estar circuida de espacio y de vacío, y está rodeada de invisibles presencias...

La duda es columpio que va de sombra a luz; de la luz a la sombra... De la pregunta a la afirmación; de la fe a la incertidumbre otra vez. Exclama entonces: "¿Es el hombre dueño de su propia alma?"

LIBRERIA ANTONIO LEHMANN

en su **DEPARTAMENTO ESPECIALIZADO**

ofrece:

LIBROS de CIENCIAS
ARTES, NOVELAS,
RELIGIOSOS y de MUSICA

Pida nuestras Listas y Folletos

"En su garganta trae el niño
una canción de lágrimas.
¿Es suya su garganta?
¿Su canción es suya?
¿Pertenécele sus lágrimas?

En la sangre hay un rumor
de espiga y canto.
¿Es suyo ese rumor?
¿La espiga de su canción
le pertenece?
¿Era suya la vida,
suya la palabra?

El anciano y el niño
elegidos, desde el aire,
para la muerte.
La madre hilando
la canción del hijo
predestinado
para la muerte".

Habla con lengua de dureza,
construye la saliva ardiente de su
amargura. Su voz —gemela del
viento y el ala—, empínase re-
belde. En el cenit de la angustia,
habla a lo Alto...

La poesía es un relámpago en
la tiniebla interior, o como dice
Johannes Pfiffer, "un alumbramiento
del ser". Y el hombre se
dirige al aire por encima de su
cabeza:

"¿Hasta ti no llegaron
las débiles serpientes de mis brazos
tendidos como ríos
amargos?
Ardió por ti mi llama:
altares de pureza alzaron
ofrendas increíbles
de mis manos.
Te llamé con palabras del hombre
y con verbos sagrados.
Por la noche,
en lo alto de mis tiendas
encendí una lámpara
(¡fanal desesperado!).
En la margen de los ríos
adelgacé mi voz para llamarte:
—"¡Estoy aquí... aquí abajo!"
Mas tú olvidaste
que fui hecho de tu nombre
y la carne del gusano.

A tus panales
acerqué mis labios:
el canto, en la colmena,
había sido asesinado,
la miel era un vinagre
amargo.

Por tu aliento
se encendió la vida,
y tú, soplando,
—como el niño
por la llama alucinado—
apagas la lumbre
y su rastro;
dejaste al hombre,
—para consolarlo—
palvo,
llanto.
¡El universo rompes en pedazos,
y lo creas de nuevo...
para volver a despedazarlo!

Sobre la tierra
donde siembra y recoge su grano,
el hombre fue más solo
sin su pecado.
Dejó su lámpara y su altar,
y está más solo.
Buscó el pecho amigo
y encontró una cueva
negra y sin eco.
Llamó al amor congregado:
el amor único y más alto
era el amor del hombre por sí mismo,
Fue al dolor
para encontrar oculta
vibración de hermano:
el dolor ciega el alma
para amar y comprender.
Llegóse a la mujer, cantando,
con auroras en los ojos
y en la voz,
para ofrendar su soledad,
su canto:
la mujer era un desierto
sin oasis
ni árbol.

Junto al hijo,
renació su soledad de niño;
y fue su odio a las pequeñas cosas:
diminutos lares,
llanto mínimo,
oración pequeña.
Amó al país universal del hombre.

Fue en busca de otro altar
y de otra lámpara;
en el ajeno altar
no había lámpara...
(¡Ah del que dejó su lámpara y su altar
por otra lámpara y otro altar consagrados!)

Y fue junto a los cadáveres,
buscando
del corazón el paralelo exacto:
el rostro, la boca sellada de los muertos,
el silencio callado
de los muertos
y una tribu que roía la vergüenza
y la altivez del hombre,
lo espantaron...

¿Oyese en el mundo tu canto?
el hombre maldito
no puede escucharlo,
o lleva los ojos cerrados?
Tu voz —tu gran voz—,
¿amendrenta su oído,
sella sus párpados?
¿Oyese tu voz
como en el día primero
cuando habló en los espacios
y abrióse el vientre de las primeras madres,
la vida surgió sobre el caos
y junto a la fiera
vibraron los pájaros?"

Habla desde el umbral de su limitación y su materia, el hambre de Dios acicateándole... Pero Dios, desde el principio ya olvidado de los seres y las cosas, fue avaro de su voz y su palabra (innumerables voces y gargantas hablan en su nombre). Dios no responde a la voz desesperada. El hombre recobra entonces su voz —que se le había ido hacia la altura— y, de pie sobre la tierra, habla a los sepultos habitantes, con palabra subversiva:

"Pacientes arquitectos de la sombra, forzados constructores de silencio, ¡oh solitarios, oh profundos muertos!, decidme: vuestros labios —claros lirios que pisotearon dioses injustos o violentos— ¿las palabras rebeldes olvidaron y los airados verbos?

La belleza ideal de la rosa de carne y el color de sus pétalos, decid, silentes, humillados, quietos, decid: ¿qué se hicieron?

Con voluntad de aire y de protesta, como raíz que emerge, porque sólo os dejaron el derecho de fabricar recuerdos y ser sombras y unos pies que aprendieron a moverse en silencio... y porque estáis ahí, desnudos con la tierra, y os dieron existencia construída en la fragilidad de un esqueleto y una ciega yacija para acunar los huesos; porque el agua del cielo redobla sobre los sepulcros como sobre un tambor de sueño;

por vuestra antigua dignidad de ánforas —vacías ya—... profundos, solitarios, ¡alzáoos y pedid —aunque los conceptos no expresen lo terrible y prodigioso— alzáoos y pedid (¡oh voz y piel de viento!) un acabar más digno para el hombre, un final más perfecto!"

La humana criatura, bellamente creada, acunará sus huesos en la tierra... como un viejo caballo. El hombre, consternado, ve su cuerpo convertido en polvo, y se pregunta: "¿Olvidarán los muertos sus antiguos sueños?" Yérguese de nuevo el tallo de su rebeldía. Otra vez está en la sombra... Mas hay deidades que

velan y trabajan en la sombra. Como la luz, esperan su momento para brotar de la tiniebla. La pupila interior descubre —lentamente— en la tierra de los muertos; en el agua de los ahogados y los naufragos; en el aire y en el fuego violentos e iracundos, la secreta relación de lo creado:

"Afinidad de todo lo viviente. Hay un vibrar fraterno entre las cosas, una hermana conciencia que las mueve".

Realízase la comunión anímica sutil que relaciona el universo, con las fuerzas naturales y lo metafísico; halla el alma el hilo su continuidad infinita:

"Venías, en el sueño, ungida de tus íntimas esencias, y yo te recordé porque el perfume es memoria también".

REDDY KILOWATT

SU SERVIDOR ELECTRICO,

DESEA A SUS FAVORECEDORES Y AMIGOS EN GENERAL

las más Felices Pascuas de Navidad, y un Año 1958 pletórico de venturas y dichas materiales y espirituales



Compañía Nacional de Fuerza y Luz. S. A.

Una Empresa a su servicio con utilidades limitadas por ley.—

La poesía logra el conocimiento, por caminos fuera de la lógica, "más allá y por encima de todo saber consciente". (¿Puede el alma adelantarse a los orígenes de la verdad y del tiempo?)

Sobre la cabeza del hombre tiembla la noche de estrellas; arden, pitagóricas, las constelaciones. Y él exclama: "¿Qué soplo crea las prístinas lámparas, qué mano las enciende?"

Penetró el ser oculto de las cosas y los elementos. Comprende ya el sentido de la baraja: la flor roja . . . , la flor negra; el rey . . . , el as de corazón . . . Una mano se mueve hacia nosotros. ¿Quién lanza la flor negra o el as de corazón?

Habla ya desde el pórtico de Dios.

Rasga el velo de lo eterno. Aún no puede ver a su Creador, porque sus ojos fueron hechos para no verlo. (Celeste paradoja: la pupila, adaptada al achatamiento del horizonte terrestre, ¡y privada de la altísima visión!)

"Somos hombres de serrín", descubre Eliot. El hombre de serrín, no halla estabilidad ni equilibrio en su vacío: necesita firmeza; ser llenado. En la tierra que infla y calla brutalmente la boca de los muertos; "en el agua con pupilas de agua y corazón de niño"; en el viento y el fuego, encontró el hilo de atadura y relación. Y Dios estaba sobre ellos . . . Dobra entonces la rodilla, como las bestias humildes de los "nacimientos". El hombre de serrín alza su canto, deja su vacuidad; lleno está del aire y la música del canto (al cuervo le nació garganta de ruiseñor . . . ¡es un cuervo frustrado!). El Alto Ser préstole el aire y la música para ensalzarlo. Sin razón que le sirva de sustento, muere la palabra escéptica, y en el trance, en el éxtasis purísimo, es oración la desesperanza; la ansiedad, ola que encontró su playa. (Cesa el agonar, diría Unamuno).

He aquí la voz creyente:

"Oh presencia de luz que me circuye,
árbol de sombra,
arpa invisible:
tu claridad penétreme,
tu sombra
cobijeme;
háganse a mí oído inmaterial,
tus armonías,
audibles,
¡oh tú, que me has dado
tu luz
y tus vides!

—"Oh alma suspirosa de la tierra
olvida tu dolor —dijíste—
Aguarda que las células dormiten
y reposen las savias de la tierra
y sus raíces.
Aguarda.
Hay cosas que no viven
porque su tiempo
todavía
no existe".

En mi ánimo penetren
tu verdad y tus matices:
las verdades del hombre
y de su muerte;
séanme tangibles
la acerbidad de su destino
—venable con que tú lo heriste—
el llanto subterráneo
que lo aflige,
su carne
falible,
su vida,
que trasmite
como un agua
ilímite . . .

Tú, que pesas,
tú, que mides,
tú, que nombras
y defines,
tú, que eres
celeridad y mollicie,
déjame que atisbe
tu mano
para ver lo que escribe:
el hilo que enhebra tus palabras
y el que las define.
¡Oh pulsador de arpas
invisibles!"

Habla junto al rostro de Dios, como los profetas. Su corazón es blanco, de un blancor que se deslía en la luz. Pero él sabe que el profeta es un río de aguas todavía no nacidas; y su espíritu, que habita el clima celeste de lo poético, herido siempre de dudas y de ensueños, grita: "¡Sin su pecado, el hombre está más solo!" "¡Es un ángel guerrero despojado de su espada!" "¡Con su fe y su afirmación, está más solo!" Como un "life motive" pertinaz y obsesionante, repite: "¡Con su fe y su afirmación, está más solo!"

¿Fue temporal en él la presencia de los dioses, la hora de su luz duró un instante? Mutables, transitorias, su fe y su afirmación, llévanle al bosque de su soledad, en donde, como árboles, se ponen a crecer sus dudas . . .

Privado de su lanza y su ficción, Don Quijote es solamente un loco solitario y sin relieve, perdido en los caminos de La Mancha. El hombre, sin su duda y su pregunta, es un animal bienaventurado. En medio de la claridad gloriosa y el instantáneo arrobamiento, fue más solo: renacieron su duda y su pregunta

(dudar, interrogar . . . ¡sin escisión posible!): "Soy un ser onírico y dialéctico, y un cuerpo deleznable que acostará sus huesos en el polvo. Mi dialéctica, mis sueños ¿son de tierra deleznable también? Mi anhelo tendió escalas temblorosas hasta Dios, y mi palabra construyó su nombre, ¿seré un iluso adorador de nombres y de dioses? Golpea mi sangre, encadenada, y mi carne, goza y padece, ¿canto de este lado de la vida, o mi canción será un eco de la otra ribera? Magnifiqué el vivir, y el alma se me escondió a llorar junto a la muerte . . . A la par de la roca y los metales, ¿no aiumbra ni crece el espíritu? ¿Hallé verdades absolutas en mi fe y mi afirmación? ¿He tejido la red de mi creencia y soy yo mismo el pescador y la pesca? Construí dioses con mi dialéctica y mi barro . . . ¿podrán mis manos modelar igual que un dios en el primer día del Génesis? ¿Soñé deidades y liturgias, por el ansia secreta de adorar? . . . ¿Habré creado a mi Dios con el humo vagabundo de mi sueño, en el aire alucinado de mi canto?"

CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

Carmen Sequeira
Directora-Editora
Chimalpopoca 34
México—D. F.

Escribir para su tiempo

Por León Pacheco

El tema del tiempo debe importarle a todo el mundo. Al escritor como al lector. Al simple curioso del pasar de los días como al obrero. A la mujer como al niño. ¿En qué consiste el tema del tiempo? Esta pregunta tiene un profundo sentido para todos los hombres porque el tiempo es un devenir incesante en el cual el drama de la existencia humana encuentra su dimensión.

Para cada quien existe un tema temporal. Y el conjunto de todos los temas temporales, tanto los trascendentales como los intrascendentales, forma el tejido compacto en que se mueve esa masa contradictoria que es la humanidad que, en el mismo instante de vivir su minuto cotidiano, constituye, contra su misma voluntad, el tema de su propia conciencia y de su misma biología.

Hace ya muchos años que el escritor viene insistiendo sobre la rareza pesimista del existir, que no contradice al ser, sino más bien lo afirma en la velocidad del tiempo. Es una especie de filosofía novelística, con raíces trágicas en la conciencia humana, de donde resulta que quizás la novela sea la expresión de nuestro siglo. Es el tema de lo absurdo de las novelas de Alberto Camus. Pero lo es también el de la santidad enfermiza de las novelas de Georges Duhamel, o el del cristianismo insuñido de los aventureros de las novelas del inglés Graham Green. ¿Y por qué no el de los cuentos de Miguel de Unamuno?

Y si nos aventuramos en la vitalidad recia del Renacimiento lo es también el de Don Quijote cuando exclama valeroso: "Yo sé quién soy". Más aún, lo es la filosofía enmarañada del más discutido de los políticos de todas las épocas, Maquiavelo, cuando separa fríamente, en el más famoso de sus libros, la razón de la sensibilidad.

Por otra parte, ¿no existe una verdad digna de expresarse en los filósofos orientales en función del tiempo occidental? ¿Y no existe, por su parte, otra no menos válida para el pensador accidental en función del mundo que le es aparentemente opuesto?

¡Vamos, que el tema del tiempo es algo indefinible a fuerza de ser cotidiano y concreto! No hay paradoja que no sea temporal; pero también todo sistema, tal vez por su misma razón lógica, es no menos temporal.

En el instante mismo en que escribimos, en que pensamos, en que sufrimos, en que amamos, estamos contribuyendo a definir el tema del tiempo, de nuestro propio tiempo, de tu propio tiempo, lector, hecho de segundos fugaces de alegrías y tristezas. Un tiempo que ansía el futuro para que este futuro sea de inmediato un pasado menos fugaz, un pasado que no es memoria, sino nostalgia vital. Que nuestra vida es un descender del tiempo por venir para que este futuro sea la única emoción que nos ate a los demás seres, cuando ya ha pasado, cuando es historia de nuestros sentimientos y pensamientos. Fúnebre cementerio en que los huesos de nuestra alma, ya desencarnada, descansan sin descansar, duermen sin dormir, existen sin existir.

Mañana, ayer, hoy son más que la eternidad: son las tres etapas contradictorias de un movimiento ininterrumpido. Son las tres aspas de un molino que muele el trigo de nuestra angustia hasta convertir nuestra vida en una harina fina, finita, con la que se confecciona la hostia de una comunión íntima.

Y entonces sólo los poetas, sólo los artistas son los únicos capaces de sentir la honda raíz del tiempo. No hay que confundir, sin embargo, el tiempo con la contemporaneidad ni con la mo-

dernidad. Ni lo contemporáneo ni lo moderno agotan el tiempo, más bien lo contradicen, son su negación. Lo contemporáneo y lo moderno destruyen el tiempo al pretender detenerlo en hechos apenas dignos de la crónica. En cambio el tiempo permanece. Y cuando el artista logra cristalizarlo en una forma auténticamente temporal, le está tomando el pulso a Dios.

¿Para quiénes escribieron los autores de la Biblia? ¿Para quiénes construyeron los griegos el Partenón? ¿Para quiénes escribió Cervantes El Quijote? Desde luego no fue para la eternidad, fór-

mula vaga y abstracta: fue para los hombres, los hombres de carne y hueso, los hombres de todos los días. Pero en sus concepciones milagrosas la noción del tiempo halló formas permanentes, porque en ellas lo que menos existe es el mañana, el ayer, el hoy. Existe en ellas el hombre viviendo su drama humano, de una religiosidad peligrosa, en la cual el mañana es el presente en devenir y el hoy el ayer que está siendo. Por eso todo arte verdadero es temporal, con la temporalidad del hombre del mañana, del ayer y del hoy.

Vano es el esfuerzo del artista por incorporarse a las vicisitudes del tiempo. Cuando lo hace está destruyendo lo más puro de su ser, de su sensibilidad, de su destino. Cuando se empeña en esta tarea lo único que hace es periodismo, es decir, arte de período, arte fragmentario, halago de las pasiones transitorias de sus contemporáneos. Y este es un arte —si tal puede llamarse— de traición, sin mensaje, que vive efímeramente.

París, 28 de octubre de 1957



Calidad Superior...

desde hace muchos años le brinda a usted

IMPERIAL

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA!

La Mirada

Por Ricardo Jiménez Alpizar

Porque las campanas habíanse volcado a repicar y porque los fieles se engalanaron muy tempranito para asistir a su recogimiento espiritual, La Villa se movía, tenía vida. A las vistas estaban los caballejos sudorosos y resoplones atados a las horquetas sembradas frente a la taquilla, bajo el techo pajizo del galerón improvisado donde hacía poco hubo turno, y en cualquier parte donde cayera sombra. Y porque en esos caballejos llegaron de todos los contornos los feligreses, así como el padre-cura (que lo era de la parroquia de Pueblo Grande) era domingo y era temprano. Apenas dando primero para la Misa.

Porque en el ápice de la torre-cilla baja y puntiaguda se empeñaban en romperse el vientre las nubecillas opacas, de humedad espesa, como queriendo hartarse los tañidos de las campanas en un ateísmo gris y glutinoso, las golondrinas se hacían notas fugitivas y escapaban volando bajo, casi a ras de la tierra, y se iban rozando las orejas de los devotos y metiéndoles por los oídos y hasta el corazón, el toque sugerente, de bronce, de incienso y de mirra.

Y como en realidad se había hecho domingo desde la media noche y los domingos se incorporaba el Alma de Cristo en el alma de los cristianos, los hombres iban a la misa siguiendo al padre-cura que había dejado su yegua gafa atada a un gardenio envejecido, estirando el pescuezo para que mordisqueara. Y tras del cura los fieles se metían a la ermita a espantar previsoramente a los perros para que no fuesen a levantar sus patas y apoyárlas en las bancas, o en las columnas o en el altar, sin contar con que servían de distracción a los menores.

Y como por toda la Villa se ha-

bía corrido y penetrado en la gazmoñería de los villanos la noticia de la espantosa muerte de Chico Tenorio, y hasta a los oídos del padre-cura había llegado a hurgarle la conciencia, el padre-cura subió al púlpito con la lengua saturada de sutilísima moral.

Y como Nano —a quién así llamó su hermanito por no poder decir Bernardo— había entrado a la ermita seguido de Tencha, su esposa, había mojado su dedo índice en agua bendita y se había signado y dejado que Tencha se sentara mientras él permanecía de pié recostado a una columna, todos los feligreses le miraron y la miraron a ella preguntándose como aún permanecían juntos después de todas las que Nano le jugaba. Pero el asunto viene de más lejos: del difunto; de la amistad de Nano con Chico Tenorio a quien se le conoció como el escandaloso de la Villa por su mala costumbre de meterse en lechos ajenos; de vagabundear a caballo con la guitarra siempre a cuestas y de pueblo en pueblo, donde quiera que reventaran un bombeta, hubiera guaro de caña y con quién rodar los diminutos dados sobre el tapete de manta. La mala amistad de Nano hacía que ahora, conocidos y extraños, le miraran acusadores unos, envidiosos los otros, e hipócritamente las viejas solteronas. Y hasta el padre-cura lo miraba desde el púlpito cuando después de desgarrar una flema española, se dió a cecear una lógica moralista basada en el pecado de la concupiscencia y en la deslealtad al santo Sacramento del matrimonio. Y decía:

—Pecadores... ¿no es el diabólico pecado de la concupiscencia... el que más huéspedes tiene alojados en el infierno?... Si lo sabéis ¿por qué pecáis? Y porque los ojos del padre-cura

se clavaban en los ojos huidores de Nano como una acusación, Tencha temblaba de espanto. Su marido había caído desde la muerte de Tenorio en un estado de neurosis muy, pero muy peligrosa, y ella temía mucho más a las miradas del predicador que a las palabras que decía. En el estado de ánimo de Nano era peor mirarlo que hablarle. Cuando se le dirigía la palabra nunca estaba presente, andaba volando por Dios sabe dónde y no había manera de hacerlo atender... pero cuando se le miraba, no podía evadir la mirada y se iba enderezando, enderezando, como una bocaracá dispuesta a disparar el mordisco, porque sus ojos se abrían mucho, mucho; se fijaban, brillaban con destellos de locura... y eran como florecillas de achicorias, y tomaban el espanto del puñal cuando la mano echa garra del puño. Por eso Tencha, con la cabeza bajita y dejándose caer unas guedejas de su cabellera aterciopelada y ocultando los ojos, no dejaba de mirar a su marido, lista a intervenir. Pero el padre-cura seguía con su moral en Z.

—Lo que ha sucedido a Chico Tenorio es una experiencia para vuestras almas; y esta experiencia puede repetirse en la persona de amigos a quienes envenenó con sus malos ejemplos. Decis que la Tuliveja lo asombró y le quitó la vida estrangulándolo... yo digo más! Fué el mismísimo demonio tomando la forma de mujer... Porque el demonio se presenta a los pecadores como ellos lo desean: en forma de mujer, a los concupiscentes; coqueta y hermosa, provocadora y... les deja ver mucho de sus hermosuras ocultas para perderlos.

Doña Moncita, la madre de Tencha, quiso seguir la mirada del predicador, y en llegando a la meta, el frío le distendió los

nervios. Aunque no supiera hasta dónde llegaba el contenido de la palabreja "concupiscencia", y se quedara muy al margen de las intenciones del sermón, temblaba por lo rudo y lo raudito de las saetas disparadas desde la cabezota colorada donde un par de ojos chispeaban. Sabía mucho de las flaquezas humanas y conocía los pecados con bastante seguridad y de ellos hablaba a los jóvenes para apartarlos del mal camino, pero en cuanto a los disfraces empleados para llamarlos, sabía poco o nada; ni siquiera había oído hablar del diccionario! De modo que concupiscencia le era algo abstracto; sobre todo, ceceado. Un pecado nuevo —se decía— un pecado que el padre cura está radiografiando en el alma del pobre muchacho!... (Si no se lo decía de esta manera, al menos la imagen entrevista más allá de sus pensamientos, en un lugar donde las sensaciones oscilan una luz intermitente y se ocultan y reaparecen precisaba un a representación análoga).

Don Guadalupe se había distraído un rato mirando cómo un rayito de sol pasajero se filtraba por un agujero del techo y se entretenía haciendo nudos y deshaciéndolos con el humo que se fugaba del incensario; pero las palabras entre zetas y elles, aunque medio sonámbulas, le llegaban a la conciencia evasiva, con el zumbido de la mosca insolente que corretea sobre el cogote, una y otra vez... La concupiscencia para él casi tenía el verdadero sentido pecaminoso y quintaesenciado que le daba el cura, y pensaba en otros tiempos... cuando los años mozos le dieron derecho a ser pecador, y... lo pasado, pasado está!

De esos tiempos le venía una familia parásita a la par de su familia auténtica (la última) con dos apellidos y de lo mejor y más rico de la Villa. Por eso, y considerando que a Nano lo habían casado en pura leche, sin cumplir ni los dieciocho años, y que por primera vez se encontró metido en un lecho en compañía de mujer, y porque pronto se fue disipando el regocijo de lo fresco y nuevo a causa del embarazo de Tencha... don Guadalupe disculpaba muchas cosas, tales como la amistad del muchacho con Tenorio, buen maestro y muy sabedor y conocedor de sitios de placer... Y como por esas circunstancias podía medio explicarse el

significado de la palabreja, no se atrevería a mirar a Nano, ni al padre-cura.

Tampoco don Alonso Durán. Agachado y asiendo fuertemente con los dedos casi crispados la tabla superior del reclinatorio donde estaba escrito su nombre en grandes letras, leyéndolo y releyéndolo sin leerlo, trataba de irse muy lejos y sin devoción, porque situaciones como la de Nano las sentía como brazos al cuello. succionándole el subconsciente, como si se tratara de sus propios actos, de su dolor, y la vergüenza le cayera sobre la nuca desde muy alto, tan pesada, tan pesada!... que le obligaba a bajar la cabeza. De muchas generaciones arriba le venía su compasión cristiana: de cuando creyó que comenzaba a comprender los Evangelios, de cuando leyó la Vida del Santo de Asís, y sobre todo, desde cuando la mayor de sus hijas se metió a hermana de la caridad.

Y como cada cual en la Villa sabía a quién iban dirigidas las amonestaciones de S. R. y porque los villanos habían descubierto una técnica misericordiosa para despellejar a sus pecadores que-

dando siempre en gracia con Dios, los hechos futuros amenazaban estrangular a distancia. No pudo preverlo el M. R. Y. como los villanos habían recogido sus impresiones en lo que sobrenadaba en la turbulencia donde cada cual se explicaba a sí mismo la situación, era preciso esperar lo peor.

Y en terminando la misa se fueron las opiniones y pareceres con sus dueños, tal como habían venido: unos a caballo y otras a pie, quién sabe desde dónde. Nano fué el último en salir dejando que Tencha se le adelantara, porque le urgía quedarse a solas con el Cristo Yacente. Cuando estuvo solo, se fue derecho hacia El y cayó de hinojos.

Pero aún no había cernido su cerebro lo que tenía que comunicarle, y como desde la muerte de Chico Tenorio había perdido la palabra, no tenía cómo expresarse: ¿Cómo preguntar y pedir?.. Entonces su cabeza se refugió dentro del pecho para mirarse el corazón y saber si irradiaba sumisión y respeto. Suspiró profundamente levantando los ojos y posando su mirada en los ojos de la imagen... Cristo lo miraba... lo miraba, lo miraba... con

una mirada inmóvil de ojos fulgurantes, porque el rayito de sol que hizo y deshizo nudos con el humo del incensario para don Guadalupe, se había trasladado a la cara del Señor.

Descendía el padre-cura por el centro de la nave, y al pasar junto al muchacho atormentado se detuvo unos segundos y lo miró. Parecía tenerle lástima a aquella alma predestinada al infierno, y quiso ayudarle, dándole penitencia:

—Reza, muchacho, para que tus pecados te sean perdonados! Y haciendo la señal de la cruz sobre la cabeza del pecador dijo algunas palabras en latín que Nano no comprendió, como tampoco había comprendido las preferidas en español. Nano sólo entendía las miradas, y todas le eran de persecución; lo demás eran ruidos y los ruidos podían hacerlo reaccionar instintivamente, pero nunca expresarle algo. Y como sus ojos estaban clavados en los de la imagen y los de ésta en él, los suyos brillaron fulminantes; las florecillas de achicoria se hicieron puntiagudas y filosas; se abrieron y se cerraron intermitentemente y en cada in-

termitencia temblaba su cuerpo... Se puso de pie y respiró angustiosamente cautivo: Cristo le miraba como Tencha, como el padre-cura, como Chico Tenorio estrangulado, como todos los villanos lo miraban. Fue retrocediendo... dando pasos de cangrejo hasta topar con el cura, mirarlo a los ojos, sentir sus miradas y caer en el paroxismo...

...Volviendo la cabeza de vez en cuando y corriendo desalmado, cruzaba calles y brincaba baches sin detenerle hasta llegar a su casa: jadeante, saltó el pequeño seto y se fue a refugiarse al fondo del patio donde acostumbraba picar la leña. Sus ojos se clavaron en todo lugar: en el cielo, en el cerro lejano, en la cuenca atormentada del río. No había reposo en ninguna parte... el cielo lo miraba haciéndose un ojo azul y brumoso; los árboles le hablaban un lenguaje extraño, con voces desconocidas y el río, el río tenía una voz de bajo profundo que le tronaba en los oídos augurios de tempestades. Jadeante se dejó caer a horcajadas sobre un tronco... y sintió la voz de Chico Tenorio hablarle por detrás de las orejas:

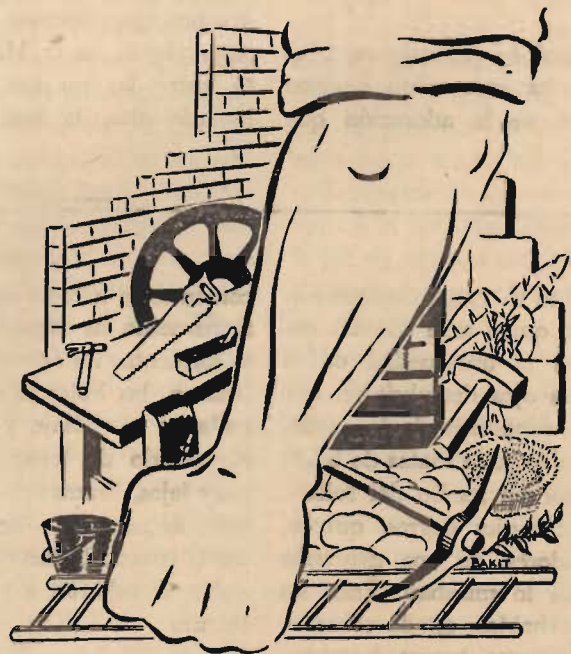
—Nano!... no es para tanto!

El Ministerio de Trabajo y Previsión Social

Formula sus más fervientes votos por la felicidad y prosperidad de la familia costarricense.

Saluda muy especialmente a patronos y trabajadores deseándoles mucha ventura y cordiales relaciones durante el año 1958

Les recuerda al mismo tiempo que el espíritu de franca colaboración y el mutuo entendimiento entre las fuerzas que integran la empresa contribuyen eficazmente al mayor desarrollo económico y social de la Patria.



Elogio de María

Por Omar Dengo

(Discurso de Don Omar Dengo en la asamblea del miércoles Santo del año de 1928 en la sala Magna de la Escuela Normal. Fue recogido por don Carlos Luis Sáenz).

Estoy apenado de haberles anunciado esta plática, porque puede ser que ustedes estén esperando un discurso recargado más o menos de conceptos impresionantes. No he pensado sino en dejar discurrir una serena meditación. El sábado, no sabía con precisión qué les diría en elogio de la Madre de Jesús. Todavía no lo sé.

Tengo desde hace días en el corazón el deseo de hacer un elogio de María, la Madre de Tristeza, que dijera un poeta, la mujer hebrea, de casta de reyes, Madre de Jesús. Es como un pajarillo prisionero; se le va a dejar libre. ¿Qué rumbo tomará? ¿En qué fronda irá a deshacer su trino?

¿Por qué he pensado en María? Me ha conmovido siempre la piedad de la adoración que

las mujeres le consagran. Me ha impresionado con cierta mística perturbación el lenguaje metafórico, —Torre de Marfil, Estrella Matutina— de las plegarias que ante su altar derraman los corazones, como un incienso que saliera del espíritu. He oído, casi con la devoción, de labios de los grandes oradores sagrados, la interpretación del dolor supremo de María. La he admirado en las telas de los Murillos, en los vitrales conmovidos de luz crepuscular, y en los altares de mármol luciente. Por cierto que en mis recuerdos de niñez hay uno, asociado a prematuras tristezas, en el cual aparece como única luz de consuelo la mirada, toda ternura, de una imagen de María, coronada en Mayo de lirios, y reclinada, como una meditación, a un alto muro teñido de pálidos oros crepusculares.

Por cierto que de niño detuve allí el corazón, pero ha sido de hombre que detengo en ella el pensamiento, en la Madre bendita entre las mujeres. ¡Bendita, la más alta, la más digna de

Dios! Ella, cuyo espíritu alcanzó la mayor compenetración con el misterio mesiánico, porque de su cuerpo brotó la maravillosa Flor de Divinidad: el Maestro Bienamado—y porque su espíritu le ofreció a los hombres el mayor, el más delicado, el más fecundo de los dones. No cuenta ninguno de los Evangelios nada que revele quién fue esta mujer: nada se dice de Ella en los Evangelios. Se adivina toda la incomparable grandeza de su carácter; se adivina toda la grandeza de su humildad; se siente palpar su pureza; se sobrecoge uno ante la majestad de su amor. Se estremece uno hasta sentirse desgarrado ante aquella sobrehumana capacidad de sentir dolor. Pero nada más sabemos fuera de que perteneció a casta de reyes. No hay, me parece, en todas las figuras que el Evangelio pinta, ninguna que demuestre tan sencillamente, tanta y tan alta grandeza, tanta y tan alta trascendencia. ¡Por qué fue Ella la escogida para ser la Madre del Maestro Bienamado! Acaso es difícil com-

prender los enigmas que están presentes en su vida. Ella, Madre también de los redimidos, entregó a su hijo, lo dio todo, en vida y en gloria, en divinidad, sin conservar para sí ninguna alegría, ningún consuelo, ninguna esperanza de las que pudo darles a todos, menos a ella, el Maestro de Amor. Las palabras de Simón se cumplieron siempre: "Una espada herirá tu corazón",

No conozco en labios de Jesús una sola alabanza para su Madre. Misteriosa grandeza la del amor del hijo, pero más misterioso el amor de la Madre.

Grandeza que refleja lo que constituye la verdadera grandeza de la mujer en la tierra. Porque, reflexionemos en esto: Jesús va esparciendo su doctrina; atrae las multitudes con el imán de su palabra; Jesús aconseja, cura, redime, llena de esperanzas los corazones de todos los demás; El lo era todo para todos; pero para la Madre, nada; para Ella sólo fue dolor, nada más que dolor.

Cuando —como refiere Lucas,— el Arcángel la llama bendita entre las mujeres, en el momento en que le anuncia la elección que ha hecho el Señor, Ella, con una fe, con una humildad, con un amor excelso: sin expresar asombro ante el enigma tremendo, acaso sin temblar, dulcemente dice que es la Sierva del Señor, y espera que en Ella se cumpla la voluntad Omnipotente.

"Bendito el pecho que te amamantó", exclama una mujer frente a Jesús, después que éste enseñó la doctrina que el Padre Nuestro atesora. "Antes, —le contestó Jesús,— sean bienaventurados los que oyen la palabra

Volvió la cabeza, su cabeza enferma de quién sabe cuántas cosas, y en la brusquedad de la vuelta sus ojos descubrieron que desde la ventanilla de la cocina donde había unas matas de begonias y por en medio del follaje, había unos ojos negros, quietos, investigadores, de una expresión rara, que lo miraban. Eran los ojos que habían estado sobre su nunca durante breves instantes, pero con una fuerza tal, que los sentía y oía acusarlo con la voz de Chico Tenorio. Los ojos eran los ojos de su mujer.

Y comenzó a soplar el viento trayendo carga de humedad; y

comenzaron a rayar la panza del firmamento las dagas de fuego de la tormenta; los árboles se desmenuzaron, las hojas cayeron y empañaron el paisaje y el río, ese río venido de lejos, que se iba muy lejos, bramante a lo lejos y traía de muy lejos las aguas que había botado la lluvia cuando las nubes se echaron a sudar su calentura.

Tormenta... tormenta... Huracán!...

Los ojos eran los ojos de su mujer, los del padre-cura, los de los villanos y los del mismo Cristo crucificado y sus miradas se

desataban dentro de su alma como el huracán.

Se irguió, titubeó buscando dónde refugiarse su esquizofrenia, e intentó correr hacia el bosque cercano, pero un rayo que incendió un ceibo en el lindero, lo detuvo. Tendió entonces la mirada a través del río y vio del otro lado extenderse el potrero y quiso cruzarlo para huir por el trillo que lo partía en dos, e irse muy lejos... y de un brinco cayó sobre la ribera...

Cerca tronaban las piedras al golpearlas la correntada barrosa, unas contra otras, en medio de las ramazones flotantes.

Un grito se oyó salir por la ventana donde estaban saliendo miradas:

—No... Nano!... Viene la correntada!...

Pero el ruido del todo no dejaba oír. La conciencia del muchacho había perdido el significado de las palabras... y el ruido lo echó dentro de las aguas que eran espesas, que traían rodando piedras y ramas de árbol y se agitaban y revolvían en devoradora convulsión!

El cielo, siguió siendo un ojo enorme de brumas...

TEMAS DE SIEMPRE

Cantares de Navidad

Por ALEJANDRO CASONA

La humanidad ha conocido noches prodigiosamente fértiles para su historia y su leyenda; noches que han señalado el principio o el fin de una civilización; crepúsculos de dioses, con sus puntos suspensivos de melancolía, y ama-

neceres promisorios como inauguraciones de un nuevo rumbo en el camino de la vida. Entre todas esas noches descuella una inmortal, la más rica de contenido humano, la de emoción más íntima y perdurable,

más deslumbrante en su simplicidad que las Mil y Una del Califa, y tan prodigiosa que el cielo mismo se creyó en el deber de condecorarla con una estrella más. Fue la noche de nieve en que el nacimiento de un

Niño-carpintero iba a señalar un alba nueva en la moral del mundo.

¡Noche de Reyes, peregrinos y pastores de égloga, en un establo sólo calentado por el aliento de dos animales de rodillas! Tanta era su fuerza interior que para recordarla eternamente no hicieron falta los adjetivos fastuosos de la literatura. El pueblo, consciente de su valor, la bautizó con el más simple de todos los adjetivos morales: la Noche Buena.

El aura popular que rodea este natal maravilloso iba a convertirse a lo largo de los siglos en el nervio central de su enorme fuerza histórica. Los dioses nacidos de otros dioses o de la entraña cósmica de los elementos, podrían triunfar en un mundo de minorías filosóficas o en organizaciones sociales de culto aristocrático, pero no podrían luchar contra la democrática hu-

de Dios y la guardan". ¿Antes que la Madre? Significado hondísimo de la misión de María: sacrificar al ser amado, a un deber más elevado que el amor. El Hijo no era de ella; era de Dios, que lo escogió y de los hombres, que lo condenaron. De ella era el dolor, nada más que el Dolor. Tenía ella más derecho sobre el hijo que nadie, pero él tuvo que preferir a los demás; enseñó, aconsejó, dió consuelo, curó a cuantos en la calle le tendían la mano, en gesto de imploración hacia él; pero a la Madre, —en la tierra cuando menos— parecería que sólo Dolor hubiera podido darle.

Hay que imaginarse a esta mujer hebrea: blanca, con un blanco que, más que la luz de sol, parece reflejar la luz estelar: delgada, serena, lenta para caminar; de una delicadeza que se hacía visible al menor gesto, al menor movimiento, como consciente de que era portadora de un gran misterio: hay que que imaginársela con una voz dulcísima, estremecida de piedad hasta lo infinito; una mirada negra, profunda, levantada a los cielos, que ni la aparición resplandeciente de Gabriel alcanza a turbar. Qué había de extraordinariamente grande en Ella, para quien, oír la voz del mismo Dios, era como oír el canto de un pá-

jaro; y mirar los ángeles, como ver el agua cristalina?

¡Ah, dichosas las mujeres que pueden sentir toda la grandeza del sacrificio, que sienten que en su sér va a hacerse, como en el primer día, la luz, y que no se maravillan, que pueden sentirse en el fondo de su sér vinculadas con esta grandeza de María, que no se maravilla de sentir en su cuerpo el misterio de la divinidad!

Después, cuando Jesús ha sido enclavado en el madero, la madre llega al pie de la cruz, acompañada de Magdalena que había sido como el polvo del suelo, Jesús había preferido a ésta.

Recordemos el hecho desnudo, con toda la crueldad de su sencillo relato; para la madre que había sufrido no se habían escuchado palabras de consuelo, y para aquélla que parecía hecha del polvo de la calle, Jesús había tenido las más dulces palabras; le había devuelto la paz del corazón y la alegría de vivir, le había puesto la mano sobre el cabello y la había redimido.

Y María sabía todo esto y la llevaba como a una hermana, cediéndole el lugar que a Ella le correspondía; lugar que, por lo menos en la tierra, nunca llegó a ocupar. Y la devoción de los

hombres y la piedad del culto que se le consagra? No hace sino aumentarle la amargura al corazón de esta madre. La madre de Jesús por un instante pudo sentirse menospreciada, pero no; plena de un amor de tal modo comprensivo, de tal modo puro, podía permitir que todos los seres ocuparan un lugar en el corazón de su hijo. No encontramos, al menos en la tierra, consuelo para su dolor. Al corazón de María van a recogerse todas las lágrimas de las mujeres que sufren. Considerémosla en los últimos momentos de la vida de su hijo: las palabras sublimes ya habían sido dichas; descendido de la cruz, no murió en sus brazos: a sus brazos llegó el cadáver; los ojos sin luz no la miran; tampoco fue para ella la última mirada, fue para elevar los ojos al cielo; hacia Dios, y, entre tanto, la Madre estaba allí, a sus pies, esperando siquiera el mínimo fulgor de una mirada. Si besa la boca, la encuentra fría como la piedra del camino; las manos no devuelven la caricia maternal. Cuando resucitó, no fue María la primera en verlo: antes lo ve Magdalena, los discípulos, los que iban a Emmaus, y acaso un niño que jugaba en una calle de Jerusalem. Casi nada dicen los libros sagrados de la vida de María. Hay misterios altísimos en su existencia. Su casta era de reyes; su carácter de una belleza incom-

parable; su pureza, era celestial realmente.

El Arcángel de la anunciación acaso fuera una voz que salió del destino de ella misma para revelar la gloria plena de su estirpe, señalada por Dios como ejemplo de sabiduría. Quizás muy pocos puedan saber por qué fue escogida aquella mujer hebrea para sustentar en su pecho al Maestro.

Una noche, en su establo, mientras los cielos se conmovían con el resplandor de sus constelaciones, debe de haber sentido aquella mujer que en su seno, como al principio de la creación, se hacía la luz, la luz eterna.

Tengamos un momento de fervor en el corazón: deseemos que la luz de aquel divino dolor llene a las almas que necesitan conocer la abnegación y el sacrificio. ¡Madres de los Cristos de todas las horas, de todas las civilizaciones: madres de los Cristos, que no esperan nada y que sin embargo, se sienten serenas, comprendiendo ellas solas cómo es posible que el hijo se desgarte una a una todas las fibras de sus entrañas, y que permanecen apacibles, como si simplemente llevaran el peso de una rosa deshojada en sus manos blancas y bellas! ¡Que vuestra grandeza ilumine un instante las almas de los hombres que necesitan sentirse hijos del sacrificio y de la luz!

manidad de aquel Niño indefenso nacido en la persecución, hermano de pastores y campesinos, y acunado en la paja de un pesebre al son de flautas y rabeles. Los dioses hieráticos de los viejos sacerdotes habían de confesarse derrotados ante la suprema sencillez de este Hijo del Hombre que venía a predicar con voz de pueblo su palabra de amor.

De muy lejos, desde el África morena y los remotos confines del Asia, los Tres Reyes caminantes llegaban cargados de tesoros simbólicos: el oro del poder, la mirra purificadora, el incienso litúrgico. Los ojos asombrados de los pastores contemplaban aquel aguinaldo fabuloso que llegaba a la aldea con su prestigio de riqueza y lejanía. ¿Qué podían ofrecer ellos que no resultara mezquino al lado de tales presentes? El cuenco de espumas recién ordeñadas, el queso montaraz de sus cabras, las frutas silvestres y el cordero recental eran, evidentemente, muy poca cosa. Pero había algo, en cambio, que precisamente por carecer de todo valor práctico podía codearse espiritualmente con el más encumbrado regalo. Tenían sus flautas, rabeles y dulzainas, y sobre todo una emoción musical temblando en el fondo de la garganta. Con ambas cosas podía tejerse el gran regalo que a ningún poderoso de la tierra se le había ocurrido traer para el recién nacido: una canción de cuna.

Entonces el coro pastoril rompió a cantar, y al conjuro de la música brotó por fin en el Niño aquella primera sonrisa que ni el oro ni el incienso ni la mirra habían sido capaces de despertar. Así floreció en la historia de la poesía una nueva rama popular, cultivada después por todos los grandes poetas de todos los países, que en recuerdo de su origen infantil y villanesco se llamó humildemente el "villancico".

En cuanto a su formulación estética el villancico no se diferencia exteriormente de cualquier otro tipo de cantar popular (arte menor, asonancia y estribillo); pero tampoco puede definirse por su tema como "canción pueril destinada a recordar la noche mágica de Belén". Lo que presta al villancico su personalidad poética in-

dudable no reside en la forma externa, sino en la intimidad de su acento, que reúne al mismo tiempo el temblor de un madrigal religioso y la sonrisa de una "berceuse" maternal. Porque eso es en resumen: la canción de cuna de una Religión.

Como verso destinado a ser cantado por el pueblo exige, por fuera, la brevedad metrosilábica, la gracia villanesca y el recodo bullicioso del estribillo; y por dentro, el sabor rural de la égloga y el perfume remoto de la devoción. Pero no es fácil hermanar voluntariamente, por disciplina artística, elementos tan leves y tan distintos. Por simple que parezca no escribe un buen villancico cualquier poeta de oficio que se lo proponga en frío. Necesita tener esa espontaneidad con que da el manantial su agua inútil, y ha de pasar emocionalmente del alma a la garganta sin lastre de artificio.

Lope de Vega, que había conocido las hieles y las mieles de todos los amores, no escribió sus inmortales canciones de Navidad hasta que conoció el remanso de un hogar y aprendió a andar de puntillas ante la sonrisa dormida de su pequeño Carlos. Sólo así puede lograrse la intimidad emocional

de estos versos que parecen escritos en voz baja:

"Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
¡que se duerme mi niño;
tened los ramos!

Rigurosos hieles
lo están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.

Ángeles divinos
que vais volando
¡que se duerme mi niño;
tened los ramos!"

En las estampas, llenas de gracia campesina, de sus "pastores de Belén" salta a cada paso el inconfundible acento, madrigalesco y devoto al mismo tiempo, del villancico. Unas veces, con el aire familiar de un "mimo" dialogado:

"Zagalajo de perlas,
hijo del alba,
¿dónde vais que hace frío,
tan de mañana?"

Pastor y cordero
sin choza y sin lana,
¿dónde vais, que hace frío
tan de mañana?"

Otras veces encerrando, con arte de orfebrería, la metáfora más rica de pensamiento en la

menudencia de un estribillo, como puede caber el cielo en una gota de agua:

"Buscaban mis ojos
a la Virgen pura.
¡Con el sol en los brazos
no ví la luna!"

Y otras, recurriendo a los modos de la pintura para lograr verdaderas "estampas de interior" que recuerdan el detallismo primitivo del Maestro de Flemalle, la gracia colorista de Fra Filippo Lippi y la ternura azul de Patinir:

"La aldeana graciosa
recién parida,
visitándola reyes
no les da silla".

Fue también Lope el que, según el gusto de su época, tan inclinada a glosar "a lo divino" los versos más famosos de la musa popular, eternizó en forma de villancicos las viejas canciones de amor. Así este cantar de ronda, recordado también por Calderón en "El Alcalde de Zalamea":

"Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules
mañana serán miel"

se convierte, en manos de Lope, en el villancico que anuncia desde la cuna el futuro martirio:

"Las pajas del pesebre,
Niño de Belén,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel".

Otro clásico español, Gómez de Tejada, cierra airoosamente sus cantos de Navidad glosando coplas populares:

"Viene en el invierno
la primavera
¡venga enhorabuena!
Viene a media noche
la aurora florida
¡sea bien venida!
Albricias, zagales,
que nacido ha
el más bello niño
de nuestro lugar".

Valdivieso, Alonso de Ledma, Díaz Rengifo acuden también al Portal de Belén por el mismo camino llevando sus trovas al hombro como corde-



votivos. Y hasta el adusto Góngora desarruga por un momento su culto entrecejo de magister, olvidando las claves mitológicas de sus obras mayores, para cantar villancicos simplistas, de una belleza conceptual y musical sorprendente:

"Caído se le ha un clavel
hoy a la aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!
Caído se ha un clavel".

Tal era la jerarquía artística del villancico en el Siglo de Oro. Después, pasada la época en que la poesía castellana tenía una religión oficial, el pueblo suple la falta de producción haciendo renacer en la noche de Navidad los viejos modelos y creando anónimamente millares de hijuelas artísticas. La poesía ha ido perdiendo, paralelamente, mucho de su ingenuidad y de su fe, pero la tradición del género no se ha perdido, ni posiblemente se perderá jamás ya que la frescura del tema la asegura una eterna juventud, y has-

ta un soñador regreso a la infancia.

Contra los cantares de Lope o de Góngora, que tienen "voz de hombre", los nuevos poetas prefieren cantar al Niño con su misma voz infantil, edificando el poema como los propios niños construyen sus paisajes de Navidad: con nieve de harina, ríos de vidrio y estrellas de lentejuelas. Así escribe Rafael Alberti este delicioso escorzo, que salta en "El Alba del alhelí" como una ágil travesura poética:

"De la gloria, volandero,
baja el Angel confitero:
—Para tí, Virgen María
y para tí, Carpintero,
toda mi confitería!
—Y para mí?
—Para Tí...
¡granitos de ajonjolí!"

Finalmente, quiero recordar quizá el más ilustre ejemplo de esta actitud voluntariamente infantil de la nueva poesía: "El Buey, el Asno y el Pesebre" de Jules Supervielle, donde los dos animales que presidieron en silencio la noche maravillosa del

Portal dejan de ser simples elementos decorativos para ser protagonistas de fábula.

El Buey quisiera acercarse al Niño para calentarlo con su aliento, pero teme espantarlo con sus cuernos que son como una amenaza. El Asno, en cambio, puede ofrecerle sin temor el regalo de sus largas orejas, que son como dos cuernos blandos nacidos para hacer reír. Por haber presenciado el dulce milagro los dos "tótems" del trabajo campesino se sienten purificados para siempre, y rezan "a su manera" mientras parecen rumiar. El Buey trata de imaginar qué extraños designios habrá tenido el Cielo para confiarle a él, toda humildad, aquel puesto de honor a la derecha del Pesebre; y sólo de pensarlo siente que una húmeda gratitud le anuda la garganta, y que lo llena una alegría grande y silenciosa que poco a poco iba tomando la forma de su cuerpo".

Por su parte, el Asno siente abrirse, para su raza todo un horizonte de esperanzas; tal vez sus descendientes no sean ya

nunca más los parias apaleados; quizá la futura carga se dulcifique... y quién sabe si hasta los caminos perderán sus cuestas y el mundo entero se convertirá en una llanura tranquila.

Así transcurre para ellos la primera noche de la Cristianidad. A la mañana siguiente, una prodigiosa transformación esperaba a los dos. El Asno comenzó a convertirse lentamente en aquel otro asno dulce y humano que había de llevar a Egipto a la Sagrada Familia por una llanura de palmeras. Y el Buey, al quedarse solo, sintió mansamente que algo brillante se desprendía de su interior para subir al cielo: era su alma que, convertida en estrellas, iba a clavarse de una cornada en el segundo peldaño del Zodíaco, de donde no había de desprenderse ya nunca más. Es la Constelación del Toro.

Poco después, cuando las vecinas entraron en el establo, vieron que el pobre Buey abandonado había dejado para siempre de rumiar.

Compañía Bananera de Costa Rica

AGENTES: UNITED FRUIT COMPANY

GRAN FLOTA BLANCA

Para informes referentes a asuntos de pasajes y fletes, favor dirigirse

a nuestras oficinas situadas 100 vs. al Norte del Hotel Oriental

Teléfonos: 3156 - 5302

En una Silla de Ruedas

Por Carmen Lira

ASI FUE.

Cuando llegó esta desgracia, Sergio aún no había cumplido sus dos años.

Una mañana la madre abrió la ventana del dormitorio y el niño permaneció quieto en su camita, como si el sol no hubiese entrado en la habitación sorbiéndose la oscuridad que la llenaba. No hubo como todos los días, frotamiento de ojos, risas torpes porque aún tenía las alas metidas en el sueño, ni brazos impacientes que se agitaban en reclamo del cuello materno. Se le hubiera creído muerto, si la mirada de sus ojos no se hubiese tendido llena de angustia hacia su madre.

El pequeño se acostó alegre. Antes de dormirse jugó y retozó en el regazo de la vieja Canducha; cuando ella acomodó la cabeza de Sergio en la almohada y subió el embozo para que no pasase frío, aún no se había cerrado en su boca la risa.

Al abandonarse al sueño, parecía una vida que iba al encuentro del sol, pero al despertar, era una vida a quien la suerte dejó en el país brumoso de la Tristeza. ¿Qué hada maléfica se deslizó entre el silencio de la noche hasta la cama de Sergio y vació su rencor en esta existencia que comenzaba a abrirse?

Se llamó al médico. Su diagnóstico fue de que se trataba de un caso de la Parálisis de la mañana de West.

Lograron salvarle la vida, pero la enfermedad no quiso abandonar las piernas.

El anciano doctor que lo vio nacer exclamó alegremente, cuan-

do Sergio llegó a este mundo, al mirarlo tan bien confortado: —Bienvenido, muchacho! Se ve que Nuestro Señor estaba de buen humor cuando te hizo. He aquí uno a quien nos mandan bien armado para ir por este valle de lágrimas.

Pero el tiempo vino a demostrarle que por más médico que fuese, no tenía nada de profeta: él mismo fue quien días después, con voz apenada, dijo a su colega que acudió a ayudarlo a estudiar el caso, mientras movía en todos sentidos las piernecillas marchitas: —Miembros de polichinela, amigo mío. Un cul-de-jatte para mientras viva —añadió en francés, para que la madre que estaba presente no comprendiese.

¡Un cul-de-jatte! Y Sergio sonreía al médico que a la cabecera de su cama le auguraba un destino muy diferente de aquel que entreviera el día de su nacimiento.

Más tarde se pidió para él a los Estados Unidos, una silla de ruedas, invento de un enfermero. Era una silla que mediante cierto mecanismo, podía ensanchar asiento y respaldo y que podía servir para un niño o para una persona voluminosa. Un aparato que crecería conforme Sergio lo necesitara.

Estaba hecha de madera y de acero labrados; tenía adornos dorados y los almohadones forrados en terciopelo. Todo en ella era pulido y reluciente, y sin embargo era un mueble triste.

Jamás Cinta, la madre de Sergio, ni Canducha, olvidaron el primer día en que el chiquillo fue colocado en la silla, entre

almohadones muy suaves. El pobre reía y palmoteaba como si se tratara de un juego.

La vieja criada se enjugó los ojos, a las escondidas, con la punta del delantal: —Virgen de los Angeles ¡Que el niño Sergio no se quedara siempre en aquella silla ¡Que hiciera un milagro! ¡Ella le ofrecía unas piernas de oro que iría a colgar en su altar, apenas viera que el chiquillo decía a andar como los cristianos!

Cinta era quien, empujaba la silla. La rodó hacia el jardín y el chirrido que hicieron las ruedas en la arena, se le metió en el corazón como un dolor.

Pasaron algunos años y el milagro que anhelara Canducha, no se realizaba. Muchas veces los dorados de la silla perdieron su brillo y se hicieron relucir nuevamente y muchas veces también los almohadones de terciopelo fueron renovados. El niño continuaba en ella; el asiento y el respaldo se ensanchaban conforme el cuerpo lo exigía.

Era una de esas figuras que no se olvidan nunca: moreno y pálido, con una palidez que hacía pensar en la de las flores que se abren en la sombra. Su frente amplia y su nariz recta, prometían un noble perfil de varón. Sus ojos grandes de córnea muy blanca parecían dos pocitos de agua sombreada; las pestañas muy largas y muy negras, ponían en ellos una dulzura melancólica. Cuando las levantaba para posar su mirada en alguien, se sentía la impresión que deja una cari-

cia. El cabello abundante, negro y lacio, se lo dejaba la madre crecer de modo que le cubriera las orejas y así, se le recortaban en torno del cuello delicado y frágil.

La inquietud y la alegría de la infancia, prisioneras en este cuerpo condenado a vivir en una silla de ruedas, asomaban siempre por sus ojos y por sus labios, como esos traviesos rayos de sol que en un día oscuro saben abrirse camino a través de la lluvia y de la niebla. Era tranquilo con esa tranquilidad resignada que tiene el agua en los remansos y que uno sabe inquieta y cantadora en las pendientes y entre las piedras.

Todas las energías que tenía su cuerpo para ser empleadas en los movimientos incesantes de la niñez, habían venido a colmar su cerebro y su corazón, de donde salían serenas a refrescar lo que constituía su mundo. Desde su silla velaba por todos y por todo: por su madre, por sus herfanitas, por Canducha, por Miguel. Y como si su amor no se conformara con los seres humanos, iba hasta sus palomas, sus conejitos, sus plantas. Pasaba las mañanas bajo un naranjo del jardín y en torno de su silla era que los comemaíces y los yigüirros armaban sus algarabías. Los comemaíces venían a sus hombros y a su regazo a picotear las migas que él ponía allí para ellos.

Trataba a los suyos con un cariño paternal, sobretodo a su madre quien le decía por broma: "Tatica Sergio" Cuando por ejemplo ella se le acercaba y lo llamaba: —"Tatica Sergio"—, él la atraía y le besaba las manos con devoción, pero el tono con que le contestaba: "¿Qué quiere mamá?"—, se parecía a aquel que toman los padres cariñosos para decir: "¿Qué quieres hijita?"

EN TORNO DE LA SILLA

En torno de la silla rondaban las ternuras de Cinta, de las dos hermanitas, de *mama* Canducha y de Miguel. Si alguien hubiese preguntado cuál de estas ternuras era la más honda, no se habría podido precisar, porque cada una a su modo era la más honda.

Sergio sentadito en su silla era allí el verdadero hogar. Era como una hoguera alrededor de la cual había manos afanosas porque no se extinguiera... Era tan grato

Rafael Angel Troyo

ante la tumba de Musset

Por José Albertazzi Avendaño

La de Rafael Angel Troyo es una de esas vidas bellamente interesantes que están esperando —y ésta sobradamente la merece— la pluma de un biógrafo. Espíritu selecto el suyo fue, quizás, el más preclaro artista que ha producido Costa Rica, si en-

tendemos por tal a quien pone el arte sobre todas las cosas, ajeno a otros afanes y a otras preocupaciones.

Naturalmente que pudo realizar tal género de vida porque unió a su vocación y sentimiento artísticos una considerable fortu-

na personal que heredó de sus progenitores, la cual lo libró de las congojas de la lucha diaria.

En su ciudad natal de Cartago vivía en principesca residencia que sobresalía por sus líneas y por la vida que en ella se hacía, en aquella urbe conventual, lle-

na entonces de poesía y de silencio. Allí escribió sus cinco o seis libros de prosa repujada y preciosista; redactaba ahí las interesantes conferencias con que, de tarde en tarde, regalaba a nuestros reducidos públicos intelectuales; ahí componía su bella música —era, más que de escuela, un músico temperamental; ahí vivía entre maravillosos cuadros y bellísimas esculturas que adquiría, en sus frecuentes viajes, en los ambientes artísticos del extranjero, a veces por respetables sumas; ahí festejaba espléndidamente— Lúculo cenando en casa de Lúculo— a sus amigos con banquetes y recepciones en los cuales rivalizaban el gusto exquisito y la culta riqueza del anfitrión; y ahí hospedaba —con su generosidad de gran señor— a los literatos, a los artistas o intelectuales extranjeros que arribaban al país: uno de los libros de Troyo lleva un prólogo de

Pas a la página 18

al corazón el calor de su llama!

La madre de Sergio se llamaba Jacinta, pero en casa siempre le dijeron Cinta. El niño la adoraba. Para él no había en este mundo nada más bello ni mejor. Cuando Cinta salía, se ponía triste y no sonreía sino hasta que sus oídos percibían otra vez su taconeo gracioso, sus risas y sus exclamaciones.

Cinta era una personita encantadora, con el cerebro a pájaros. La verdad es que si Candelaria no hubiese estado siempre alerta, aquella casa no habría caminado bien. Los treinta años no lograron llevar la gravedad a esta criatura que jamás enterró la ligereza de los primeros años. Era menuda y graciosa, con la cabeza hecha un nido de colochos oscuros; una de esas figuras pequeñas de mujer que inspiran deseos de cogerlas y ponerlas de adorno sobre una consola, como si fueran una chuchería artística de gran valor.

Cinta creía adorar a sus hijos, pero Dios no le puso en el corazón las fuertes alas que elevan a las madres hasta las estrellas, sino un par de lindas alas de mariposa, que no hubieran podido llevarla a mecerse con serenidad sobre las pasiones humanas.

Gracia y Merceditas eran menores que Sergio. Gracia tenía la cabeza llena de crespos negros como su madre y de ésta heredó también su alegría. Por donde Gracia andaba había repique de risas, cantos y bailoteo. No podía guardar una idea dos segundos entre la cabeza, le picaba y la sacaba enseguida por su boca.

Su madre decía que pensaba en solfa, porque todo lo que le pasaba por el cerebro lo decía cantando. Candelaria le dijo un día que le alborotaba la cocina: "Hija, parecés una campanilla colgada en una bocacalle, que con sólo que la vuelva a ver el viento ya está golpeándose en su badajito". Desde entonces Sergio la llamó, "Campanilla".

Era ella quien encabezaba todos los juegos a que se entregaban los tres y se ingeniaba de modo que hasta a Sergio lo hacía jugar *Quedó*.

La primera vez que Canducha oyó el alboroto que armaban en los corredores jugando *El Quedó*, salió persignándose: —¡Santísima Trenidá! Y cómo sangoloteaba la silla de Sergio, aquella loca de Gracia! ¿Es que quieren salir de mi muchacho? —gritó al ver la silla que se agitaba de aquí y de allá, tras unos chi-

quillos, como un bote entre un mar tempestuoso.

—No, *mama Canducha* —contestó la voz alborozada de Sergio. —No se asuste, es que yo *quedé*.

La anciana se fue a la cocina enjugándose una lágrima.

Merceditas tenía cinco años cuando Sergio cumplió ocho. Era una muchachita dulce, y él recordó con emoción muchas veces en su vida la pequeña figura peinada de dos trenzas que remataban en sendos lazos negros, que se sentaba a sus pies con un silencio colmado de ternura, a coser vestidos para una muñeca negra de trapo que le hiciera *mama Canducha*, con los ojos, la nariz y la boca de arabia roja, y a quien ella bautizara con el nombre de Luna. Los alborotos de su madre y de su hermana la hacían sonreír como si se desarrollaran en otro planeta. Ella se escondía temblando en un rincón cuando Gracia ponía a Sergio a jugar *Quedó*.

La primera vez que comprendió por qué su hermano estaba siempre en esa silla que al principio tomara por un juguete, sufrió mucho. Fue en una mañana en que lo bañaban, cuando se dió cuenta de que las piernas de Sergio no eran como las suyas ni

como las de Gracia. Aquella piel azulada pegada de los huesos, la hizo estremecerse de pena. Buscó a Candelaria y le preguntó:

—*Mama Canducha*, ya sé por qué Sergio no puede caminar. ¿Tiene las piernas de un modo! . . . ¿Después se le harán como a mí, *mama Canducha*?

La anciana le constestó llorando:

—No mi hijita . . . Sergio no podrá caminar nunca.

—Yo quisiera darle mis piernas, *mama Canducha*. A mi me gusta estar sentada haciéndole vestidos a Luna. ¿Puedo cortármelas y dárselas?

—No mi hijita, si esto se pudiera ya hace tiempos que yo le hubiera dado las mías.

Se fue entonces a un rincón y lloró tanto que todos se alarmaron. Después tuvo calentura. Desde entonces no volvió a correr ni hizo sino aquello que podía hacer Sergio. Y sus manecitas tuvieron para esas piernas, ternuras que nadie sospechaba. Las apretaba a menudo contra su corazón y cuando de noche transportaban a Sergio a la cama, ella le buscaba los pies y los besaba.

Pero entonces Sergio era muy niño y no podía medir la profundidad de estas caricias. Fue ya de hombre que las recordó con los ojos llenos de lágrimas.

Diciembre llega

(Para "Brecha")

El aire tiene de lucero
recién nacido en soledad
y el buey del prado luce un halo
de decembrina santidad.
Pon en la puerta la guirnalda,
en la ventana, la claridad;
hojas de helecho con cerezas,
y tu vela de caridad.
A media noche oye los pasos
de los que en la sombra van:
el Carpintero y la Doncella,
espiga de harina candeal.
Prepara miel y claro vino
y paja seca para anidar:
de tus mejillas de cien noches
oscuras, enjuga lágrimas de sal.
Sotiega el ímpetu y remánsate
en cordero de buena voluntad
en paloma de aurora, mensajera
de zureos de paz.
Arda tu pecho con la hoguera
de la vigilia pastoral
que espera entre vellones silenciosos
oír la voz del mayoral.
¡Diciembre llega. Abre tu puerta
en esperanza, que pueda entrar
la dulce estrella peregrina
en la noche de Navidad!

Carlos Luis Sáenz
1957

Poesías

de Antonio Morales Rivera

MIRANDO UNA BALDOSA ROJA

(de noche en la sala)

Gira la noche en el mosaico rojo
envolviendo mis círculos de sangre.

Hora es esta de amar en túnel rojo
hacia la mancha rojiza del centro del cuadrado.
y este cuadro es el rostro de la noche
y en él mi alma se adentra en lo pasado
que en el recuerdo viene y gira
viene y gira.

Plano el silencio rojo
sigue en otros círculos.

ARBOL

negro de vidrio nube.

Nosotros somos los duendes
los que subimos por el árbol cuando canta el viento.
nuestros rojos trajes de fiesta?
recuerden la bajada matutina del camino...

y si ustedes han venido de paseo
recuéstense a la sombra de este árbol, beban vino,
que nosotros nos iremos cantando
por las mágicas cavernas de los bosques.

Poemas de

(1)

El puñado de arcilla de una estrella
fuga su olvido al ventanal sin bordes del celaje.

Las manos insomnes
del Silencio
acarician el cuello de la Noche.

Aquí la furia de mi pena
forna amortajando su dolor de siempre
en la fatiga y sequedad
del Tiempo.

¡Hojas abiertas al filo de la brisa
golpean la verja rota
de las horas,
asomadas al eco de mi espera!

¡Y yo me extraño en mí
de ser yo mismo
y de saber que anclan mis cabellos
en la raíz remota
de otros gritos!

¡Tan sólo hay un beso de ceniza
crecido
en el cielo de mi duda!

(2)

Despierta
canta mi niña una canción
de suspiros:
—“¿Quién a la Luna ha robado
su espejito
de cristal?”
“¿Quién sus mejillas
de plata
ya no le deja empolvar?”
¡Ay que en el agua
se caen
sus lagrimitas de sal!

Dormida mi niña sueña
cuando me siente
cantar:

¡La Luna se está peinando
frente al espejo
del Mar!
¡Una Sirena le ha dado
su motera
de coral!

(3)

¡Es preciso cruzar hacia el olvido
con un puñal
sangrado en la garganta!
¡Mirarse los ojos
en la tarde
vacíos por el aire

aldo Guasch

y hallar desnudas de ceniza
las noches de la Carne,
para saberse
enteramente dueño de una alondra,
del rocío que tiembla
en nuestras venas
y del llanto sin causa de los niños!

Pero yo me pregunto:
¿por qué golpear las puertas
al este de mis sueños,
con la flecha quebrada del silencio,
si nunca habrá un eco
que se oville
junto al corazón de nuestra Angustia?

(4)

¡Oh, tú, deseo sin carne
ni pupilas!
¡Mi grito fatigado
te reclama
el Silencio sin pausa
de tus brazos!

¡Ven, rasgando
la arteria de mis lágrimas
con puñales de sombra
junto al aire,
a enmudecer
mis huellas de agonía
con el polvo de paz
de tus sandalias!

(5)

Mientras tú graneabas
de sonrisas
la carne de tus días,
sólo desnudas
gotas
en la aurora
tremolaban mis voces de esperanzas,
estremeciendo silencios
de palomas
por el paisaje remoto
de tu olvido!

¡Un sargazo de ausencia
fue tu boca
en el turbio remanso
de mi espera!

¿Serás tú,
tú
quién persiga mi nombre
por los costados
del viento?

¡Calla, deja que nuestros labios
hablen
con el silencio de un beso!

Deslumbramiento

Resuena tu color en mi perfume
como la nota que la noche viola
en la petunia que abre su corola
y su martirio en el espejo asume.

Tu trebolarse en llamas se consume
y yo te miro en llamas, verde y sola;
tu virtud en mi llanto se acrisola
y tu llama en mi fuego se resume.

Rápida fuiste, en brisas cincelada,
por la frescura de mis olivares
encendiendo en canción la hoja morada.

Un enjambre de estrellas penitentes
desprendí de tus pálidos collares,
ciego de luz y aromas transparentes.

Adriano Doria

Nochebuena

(Inédito de la EPOPEYA DEL DESTIERRO,
Canto LXXXVII, Nueva Orleans, 1929).

Noche, sonora noche de argentinos panderos:
¡cómo cambia tu faz! Mudas tu anterior rictus
severo, por sonrisas blancas; y *Benedictus*
Domine, encomio bajo tus gajos de luceros.

Tus gajos de luceros son la celeste viña
donde extraeré mi alma el jugo cristalino
que ha de ser en la copa de mis besos el vino
divino con que brinde en tu fiesta mi Niña.

Cuelgan, ricos pezones de luz, tus altas uvas;
y sueño con eximias vendimias estelares
que para los oficios de amor en mis altares
vuelquen caldos de azur entre mis sacras cubas.

Mi cáliz, hace tiempo surto en el tabernáculo,
alzaré hasta el pináculo de mi ebúrnea capiella
ofreciendo al Altísimo alba sangre de estrella
en la misa en que Ella será flor del cenáculo.

Alargaré los brazos a los predios cerúleos
hasta las propias cepas de la vid del Señor;
y, para que fulgure en su frente mi amor,
tejeré una corona de pámpanos nebulosos.

Una música abscondita por tus ámbitos vuela,
noche de caolín, como si en tus viñedos,
picoteando uvas, dejara caer ledos
sones, al par que gotas de néctar, Filamela.

Nochebuena: deslúmbreme tu regio manto rútilo
y pienso que Dionysus lo ornó con sus racimos.
Propicia a la caricia, favorable a los mimos,
próvida para el canto del amoroso júbilo.

Con místico fervor tu blancura contemplo
y cobijo mi espíritu en tu claro cendal
para que vista cándida túnica en el ritual
pascual del hospital, que es ahora su templo.

Adolfo Ortega Díaz

DE LOS LIBROS

"Viento - Barro"

Por Gonzalo Dobles



Cuando recibí el libro anterior tuve mis reservas y limitaciones. Se trataba de "Hondo Gris", un tomo de poesías con marcadas tendencias a las modernas escuelas de vanguardia. En un breve comentario publicado después de leer con todo cariño la referida obra, dije mis impresiones con franqueza y sinceridad. El trabajo en referencia, quizá por sus dimensiones de poesías concebidas en un tono del más desmedido gongorismo, no fue de mi agrado con todo y mi reconocimiento para su autor, como uno de los jóvenes que más trabajan y estudian en el ilimitado campo de las letras.

Ahora estoy en presencia de un nuevo volumen del mismo escritor nacional, Mario Picado Umaña, titulado "Viento-Barro".

Debo confesar que también le leí con cierta preocupación porque como en el anterior, adivinaba encontrar la confusa maraña de los versos cargados de extravagantes concepciones y con-

fusas imágenes. Fue una sorpresa. El libro compuesto de dos secciones, una en verso "Los Sonetos Descalzos", y la otra en prosa, "Entonces", me llevaron por un sendero de verdadera frescura poética que alivió un tanto mi impresión anterior. En el primer poema Viento-Barro, de profunda tonalidad clásica, exasílabos perfectos, tiene Mario Picado esta bellísima estrofa que habla por sí sola de la fuerza poética de su autor:

*"Viento - barro, llevo
tu oler de verano
como lluvia joven
enredada en el labio."*

En sus diez Sonetos Descalzos, todos concebidos dentro de las normas de la métrica castellana, con una cadencia que agrada al oído y fáciles consonancias, destaco la siguiente estrofa que también acusa en el joven escritor una fina sensibilidad poética:

Julio Flores —aquel gran poeta casi desconocido por los anticristos poéticos de hoy— escrito en su casa siendo su huésped.

He dicho que viajaba con frecuencia al extranjero; en uno de estos viajes, llegó a París. Lírico por excelencia y romántico de una sola pieza, Musset fue uno de sus autores predilectos; y al llegar a la Ciudad Luz, uno de los primeros anhelos que quiso colmar fue ir a visitar la tumba del poeta; y al cementerio que la guarda ecaminó sus pasos.

De pie frente al mausoleo que conserva los despojos de quien

fue llamado el poeta de la juventud, Troyo permaneció unos minutos como en éxtasis. Luego se acercó al sauce que hace guardia al sepulcro (recordáis?: "plantad, amigos, cuando yo muera, un triste sauce en el cementerio; pláceme un árbol tan funeral...") y, con su cortaplumas, cortó un pequeño trozo de una de las ramas para llevarlo, como un precioso recuerdo, a su querida y lejana Costa Rica. Pero no bien había guardado el trozo de la rama en su cartera, un guardia lo invitó a seguirlo y lo llevó a presencia de un Juez de adusto

*"Un cogollo de luz mastica el río
y la milpa recoge tenue rayo.
En paralelos de luna —casi frío—
picoteando a la aurora canta
un gallo."*

Es claro que si estas estancias se examinan con espíritu sectario o bajo una minuciosa concepción gramatical o prosódica, salta a la vista la frase ripiosa de "casi frío" que el autor colocó en el tercer verso por una imperiosa exigencia de la rima, sin que, en realidad, tenga ningún papel en la ordinaria valoración del verso. Sin embargo, haciendo abstracción de esos pequeños lunares, existe en los diez Sonetos Descalzos una clara expresión de las variadas escenas de nuestros campos descritas con un innegable sentido de emoción y de belleza.

Finalmente inserta el autor sus cuentos criollos bajo el subtítulo de "Entonces". Allí se hace más fácil para el lector la cabal comprensión de la obra. No existe como en sus poesías, las confusas

imágenes y absurdos alambicamientos. Su prosa es fluída y sencilla; las descripciones hermosas y cabales; los tipos o personajes que estudia, muy bien concebidos en los variados escenarios donde el autor les ha puesto a moverse y a dialogar para el mejor desarrollo de sus temas.

El cuento titulado "El Racimo" tiene todo el sabor de nuestra tierra campesina y la sencillez de las costumbres de los personajes que en la trama intervienen con toda propiedad. Enmarca el eterno problema de la miseria de nuestros 'conchos', el hurto intrascendente de un racimo de plátanos y finalmente la tragedia. Es un cuadro que parece que el autor ha trasladado al papel tal y como se lo contaron, sin agregarle nada de su cosecha, siguiendo el consejo de Max Jiménez, con simpleza y un natural colorido. Observo, sin embargo, en un análisis comparativo entre sus poesías y sus prosas que a aquellas todavía les falta la sencillez en la expresión, mientras que en éstas todas están escritas sin complicaciones estilísticas al punto que parecieran dos trabajos escritos por autores diferentes. Es un fenómeno que apenas esbozo por la singularidad que tiene en la concepción de la poesía, un tanto difícil y complicada, frente a la prosa, diáfana y sencilla.

Pero es indudable que Mario Picado Umaña labora con devoción en el campo de las letras, y por ésta única razón que ya es bastante, aún existiendo muchas otras, debe sentirse sumamente complacido y satisfecho en su constante desvelo por estas disciplinas del espíritu.

1957.

semblante. El guardia acusó a Troyo del destrozo que había causado en un árbol del cementerio, y el Juez lo condenó a pagar cincuenta francos de multa por la falta de respeto a aquel lugar sagrado.

Troyo no protestó por la imposición ni por la cuantía de la multa; pero temeroso de que se le tomara por un irrespetuoso o por un irresponsable, explicó en buen francés:

Soy un artista enamorado de la obra del romántico Musset y quería llevar hasta mi Patria dis-

tante —mi pequeña Costa Rica— el recuerdo de una pequeña rama del sauce que sombrea su tumba... y colocó sobre la mesa un billete de cincuenta francos.

Entonces el Magistrado, conmovido, dijo a su vez: la ley me obliga a sancionar la falta cometida —dura lex, sed lex—; pero ante un caso como el suyo, le ruego aceptar que yo pague la mitad de la multa... y devolvió a Troyo veinticinco francos.

(Del libro inédito "El Perfil Moral Costarricense": 100 y pico de anécdotas típicas).

Navidad 1957 Año Nuevo 1958

La Compañía
Bananera
de Costa Rica



siente la más grande complacencia en saludar por Pascuas y Año Nuevo a sus empleados y trabajadores.

La amplia cooperación de sus trabajadores y empleados y del público costarricense ha hecho posible el desarrollo de las actividades de la Empresa que hace extensiva su salutación de

Navidad y Año Nuevo

a los habitantes del país, por cuya prosperidad formula los más cordiales votos

Ramón, los clásicos y otros poemas

Por Alfredo Cardona Peña

Hace poco llegó a nuestras manos la primera edición del *Lope viviente*, de Ramón Gómez de la Serna. Ramón vendió los derechos de su obra a una de esas empresas sudamericanas expertas en el gran negocio bibliográfico, aunque las ediciones sean malas por la incorrección de sus textos. (Mal corregidas, o corregidas a la ligera, *au jour le jour*).

En el capítulo 11 de ese libro, titulado "Su casa y el barrio de las musas", dice el autor que Lope "estaba rodeado de ilustres vecinos en un radio de cien metros a la redonda: Miguel de Cervantes en la calle de León, don Francisco de Quevedo en la calle del Niño y—durante una temporada y en esa misma casa Góngora,—don Leandro Fernández de Moratín más en la trasera del barrio"... ¿Cómo se le escapó al admirable Gómez de la Serna ese gazapo histórico? Leandro Fernández de Moratín (de los *afrancesados* que defendieron al rey José) nació en 1760, y Lope en 1562, de manera que hemos comprobado los siglos de errata.

A Pompeyo Gener dijeron en su tiempo (creo que fue Leopoldo Alas, "Clarín") que "escribía en francés huyendo de galicismos", mas lo cierto es que Gómez de la Serna escribe en español y no huye de los tales. En su famoso libro sobre Azorín leemos "revancha" y "develar". Además, en ese mismo libro, uno de los más completos de Ramón en lo que respecta a las biografías, se lee "lapsos de tiempo".

Estos son pelillos a la mar. ¿Quiere lo anterior decir que Ramón Gómez de la Serna es un mal escritor? ¡De ninguna manera! Ramón Gómez de la Serna

es uno de los escritores contemporáneos que más admiramos. Lo admiramos por su vitalidad, por su entusiasmo siempre juvenil, por su funcionalismo, por su humorismo elegante y por sus locuras envidiables, como ésta de sustentar una conferencia a lomos de elefante, en el Circo de Invierno de París...

Un escritor puede escribir en forma perfecta, haciendo uso de gramáticas químicamente puras, y sin embargo ser un mal escritor en el sentido de que no interesa, de que nos aburre, de que podemos prescindir de su lectura y resultar favorecidos.

Ramón Gómez de la Serna escribe con patente de corso. Los puristas hacen sus berrinches, los oftalmólogos y ornitólogos del lenguaje (los hay, los hay) gorgoritean un salmo penitencial al descubrir una palabrilla desusada (como *sumurmujos*, por ejemplo, que usa Ramón), o tachan una coma mal puesta con el gesto melindroso del que descubre un pelo en la sopa. Pero, sobre estas vanas presunciones, sobre estos artilugios e hipocresías del estilismo llevado a extremo, queda lo incontrastable, lo rotundo, y es el genio de hablilla que tiene Ramón. Sobre todo en sus retratos. ¡Cómo son de bellos esos retratos! ¡Cómo, apoyándose en la anécdota, nos da el concepto! ¡Cómo nos enseña los misterios de la vocación y la realidad dolorosa del artista! Una obra maestra es su *Ramón María del Valle Inclán*, "una de las biografías más abracadabrantes" que ha escrito, llena de barbas y manquedades, concebida aquí la manquedad como un lujo de originalidad, pues en donde todos tienen dos brazos, él tiene uno, y en donde todos hacen gala de dos

ojos, él mira con cuatro o con una solo, que es la mayor elegancia del mundo, herencia de ciclos gigantescos.

Vamos a los clásicos. Azorín medita en ellos y Ramón inventa y descubre. Azorín entrecierra los ojos, y una arruga, un soplo, las cosas más pequeñas e insignificantes cobran una sorprendente grandeza. Ramón agarra las cosas nimias y las incorpora a las grandes, como un remolino que arrastra briznas y ramazones. Azorín escribe con una lupa, y Ramón con una luz de Bengala. Esas frases cortas, finas, calculadas, de Azorín, representan la pulcritud, el sentido del domingo que tiene los hombres ordenados, ese puntear las baldosas con el regatón de un paraguas sin lluvia. Azorín cavila, y Ramón fabula. Por eso los clásicos descritos por Azorín llevan siempre sobre sus cabezas un halo luminoso, y nos suspenden. Pero los clásicos escogidos por Ramón desprenden un fuego fatuo y esa es la razón por la que nos inquietan y desazonan, ya que no hay cosa más insólita, y al mismo tiempo más interesante, que un fuego fatuo a las doce del día. ¡Vaya fenómeno!

Azorín nos cautiva y nos infunde un respeto de muchísima tradición. Ramón Gómez de la Serna nos entusiasma y lo admiramos sin límite, con una admiración espontánea y fértil, que nos aguijonea y nos sacude, nos pone a trabajar.

Admiramos aquello que podríamos haber hecho y que no hicimos nunca; admiramos a los escritores cuya naturaleza excogitiva participa de la nuestra, y que, precediéndonos en el tiempo, realizaron con creces lo que en nosotros no es más que insinuación.

Azorín escoge a Cervantes, a

Santa Teresa, a un escritor ignorado del siglo XIII o a un pintor muy antiguo, de preferencia italiano. Ramón escoge a Quevedo, al Greco, a Goya y a Lope de Vega. Es cosa de temperamento: uno prefiere la hora del ángelus y otro la hora del aquelarre. Preferimos la última.

Puestos a escoger entre don Miguel de Cervantes y don Francisco de Quevedo, nos quedamos con don Francisco. Don Miguel es demasiado buena persona, no tiene malicia, y además practica la virtud. Como es un santo, puede crear el tipo máximo del héroe, surgido de las lobregeces de la humanidad como el loto del estanque sombrío. Don Miguel, viendo las estrellas en la noche estival, se santigua y suspira como Fray Luis de León, su hermano en mirar estrellas. Pero don Francisco parranda con los luceros, se va con ellos a buscar lances, y es capaz de atravesar a Venus con una mirada.

Lo mismo podemos decir de Santa Teresa y Lope. Santa Teresa es encantadora, pero tiene el defecto de la sabiduría. Lope no es sabio, pero tiene la grande, la portentosa condición del ser popular. Cuando Teresa, en su Carta CCLXI, escribe que las monjas al salir del convento de Malagón "no parecían sino lagartijas que salen al sol en verano", estaba practicando el estilo de Ramón al ciento por uno. Pero cuando Teresa, en el capítulo XVIII de su admirabilísima *Vida*, escribe: "El entendimiento, si se entiende, no se entiende cómo entiende"... y lo demás que sigue, más, mucho más complicado, entonces cesa el encanto para producir estupor ante lo indecible. El arrobó y el éxtasis son a la literatura lo que la muerte a la pasión. Claro está que Teresa no escribía por afán literario, sino por su condición de fundadora de voluntades, de vaquera de almas. Mas... ¿podemos concebir una cultura idiomática sin penetrar en sus páginas? Don Francisco, don Miguel y doña Teresa forman la "trimurti" colosal de nuestra lengua, y yo he soñado con una conferencia que se titulará así, precisamente: "Don Francisco, don Miguel y doña Teresa".

Y en fin: Ramón Gómez de la Serna, que suscitó estas líneas, rescata siempre para los demás el dragón colosal que hay en el fondo de todo cocodrillo. Por eso lo admiramos.

El Vitral

Por Moises Vincenzi

Se ha discutido mucho acerca de las relaciones del documento científico, de la ciencia en general, con el arte. Muchos conciben una absoluta separación entre ambos campos. Y se han apoyado en la crudeza del naturalismo del siglo pasado, especialmente, para sostener esta tesis. No conciben, por ejemplo, que el freudismo pueda entrar al teatro y aun a la novela, sin transformarlos en campo científicos. Yo he sostenido que todo es materia del arte. Y que basta con suministrarle al documento científico la vibración correspondiente, para incorporarlo en los campos de la belleza.

Wladimiro Weidlé, el crítico polaco, sostiene que el fenómeno artístico se produce en un mundo propio que nada tiene que ver con el documento científico, con la política ni con la filosofía. Por esto combate la novela moderna, iniciada por Proust y desenvuelta más tarde por escritores como Joyce y Mann, el de La Montaña Mágica. Es posible hacer obras muy interesantes, afirma Weidlé, al modo de estos grandes escritores, a veces a despecho del afán documentario, pero que pueden ser clasificadas en otros géneros o disciplinas: no en las artísticas. Y es más: se puede escribir ciencia con estilo bello amalgamando, de esta suerte, ciencia y arte, y poniendo el arte al servicio de la ciencia. Mas en este caso, el mundo científico para Weidlé es uno y el literario o artístico otro.

Lo que ocurre, en mi opinión, no es que las disciplinas humanas estén desligadas, a la manera de casilleros de correo y sean mundos totalmente aparte, sino más bien núcleos de vibración diferente, unidos, en el fondo, por una fuerza interior que los ata a un destino común. Comprendido así el problema, cabe exigirle al artista que sostenga su vibración propia, aunque tenga que

apoyarla unas veces en la ciencia, en el documento, otras en la inquietud moral y algunas en pensamiento filosófico... Cada una de las disciplinas humanas vibra con ese fuego o fuerza propia, alimentándose, necesariamente, de un material aldeaño o subterráneo que es el puente que las une a todas al resto inseparable del Universo. No me importa, como le importa a Weidlé, que la novela de Proust se acoja a otros recursos artísticos y se apoye en otros materiales siempre que produzca el efecto artístico que persigue su autor; ni que Joyce juegue con el idioma inglés como un malabarista, si logra, con ello, un efecto artístico; o que Mann hable diferente a Balzac o a Hugo, si alcanza lo mismo. Lo que sí ha de preocuparnos es que el material científico o filosófico que se use sea incorporado a otra vibración específica: la del arte. Y sé que muchos de los documentos que usan ciertos escritores y aun los máximos que he citado, nos alejan, por momentos, del acento bello colocando, en lugar de él, otro distinto: el científico o el filosófico.

Si la Humanidad es una, todas sus estructuras están enderezadas a mantener esta unidad, en un común esfuerzo que las congrega en torno de un interés colectivo fraternal. Luego, ciencia, arte y filosofía trabajan para un mismo fin: el de mantener o acrecer la unidad de la vida. La moral, su interés práctico y la ciencia, se eslabonan en esta obra unificante, de modo que lo que le pertenece sustancialmente al uno, es cosa común del otro. Si esto es así, aunque en apariencia no lo sea muy claramente, la moral y la ciencia son, a la vez, servidoras la una de la otra y viceversa. En consecuencia, una ciencia inmoral es impropia. Como una conducta anticientífica y perversa.

Sin embargo, la ciencia tiene

otros centros de interés que aparentemente la alejan del campo moral y aun del interés práctico. Y no falta un sabio científico que escinda sus propios propósitos del terreno de lo moral. Cuando esto ocurre, la ciencia desmerece a fondo, puesto que traiciona los fines unificativos de la humanidad, que no deben romperse por un olvido tan lamentable como el mencionado.

Especializarse sin humanismo conduce a la producción de estos rompimientos entre la ciencia y la conducta. O la ciencia y el arte. O el arte y la filosofía. O la filosofía y la ciencia. De este modo, esa especialización trabaja contra la armonía de la gran unidad espiritual del hombre.

Hemos de preguntarnos entonces: ¿qué atención debe tenerle el científico a la moral, a la filosofía y al arte? O de otra forma: ¿a la conducta, al pensamiento y al sentimiento? —Aquí me refiero a la moral, no en su contextura de principios abstractos, sino a su experiencia.

Concluyo, por tanto, en determinar que todas las disciplinas conducen a un fin unitivo. Que todas se correlacionan estrechamente. Que el sabio no debe entregar su genio a las artes de la destrucción. Que el artista tiene que ponerse al servicio, en cuanto le sea posible, de ese gran fin que todas persiguen. El arte ha de ser, en esencia, científico, filosófico y tender al mejoramiento de la conducta humana. La ciencia ha de ser filosófica y la filosofía científica, tanto como artística la ciencia y la conducta del hombre.

La vocación equivale a un centro de interés desde el cual hemos de contemplar al mundo entero. Y no es más que un paso hacia esa actitud.

Enrique Fabre hizo de sus obras de ciencias naturales, una obra de arte. Y nadie ha escrito con mayor belleza espiritual sobre las

flores, las abejas y las termitas, que Mauricio Maeterlinck. Los libros de Eliseo Reclus sobre la montaña, el arroyo y el océano, son encantadoramente científicos. Y Michelet nos ha hablado del mar y de los pájaros, en una forma tan científica como atractiva por su belleza. He citado a autores franceses, de modo exclusivo, para que se vea cómo los griegos contemporáneos recibieron la lección platónica mejor que nadie en el mundo. ¿Qué más da, entonces, que H. Alfredo Castro Fernández, cuya formación mental es íntimamente francesa, haga teatro inbuido en los adelantos de la sicología contemporánea?

En *El Vitral*, sus conocimientos psicológicos han pasado al arte, perfectamente estilizados, con la gran naturalidad de un buen gusto clásico por el equilibrio que revela y moderno por la sustancia intelectual que lo anima. De esta suerte, *El Vitral* es tan interesante para el sicólogo como para el poeta de las tablas.

Me correspondió, por una gentileza del autor, prologar esta pieza de Castro Fernández, en la siguiente forma:

El hombre vulgar sufre los dolores de su propia alma, pero no advierte, en torno suyo, sino el mundo de los cuerpos; ignora el otro: el atormentado de las almas sensibles, irritables, taciturnas, ansiosas, exaltadas, románticas... El artista tiene, por ello, la misión de descubrir, ante los ojos del hombre, el secreto de los dolores insospechados para verterlo sobre él en belleza.

El agudo siquiatra da el material del conocimiento: el novelista, el autor de teatro, lo levantan en perspectivas arquitectónicas. Aparece entonces la obra entera con toda la profundidad del dolor humano, llena de masas en éxtasis, de formas sangrientas, de impulsos góticos hacia la nube o la estrella.

Archille Delmás, obrero del descubrimiento de almas, se adelanta al artista de caracteres para decirle: "Ni la cultura, ni la profesión, ni el género de vida, intervienen: sólo el nacimiento cuenta. Hemos visto campesinos, gente sencilla, incultos como intelectuales, sometidos a esa fatalidad... Todos tenían los mismos acentos expresivos y trágicos. Y todos, a pesar de las diferencias sociales, se parecían como hermanos". Maurice de Fleury afirma que no hay cosa menos tolerable

que el sufrimiento de estos enfermos, de estas sombras vivas que se torturan en el propio análisis de sí mismas, sin alcanzar nunca el deliquio de una serenidad que siempre se escapa, que huye de continuo azotada por el nervio abrasado en llamas y por el músculo macerado en espasmos.

El hombre ordinario no sospecha el dolor de estas exaltaciones, de esta sensibilidad hiperrealista que asombra y entristece y sacude en Hoffman, en Durer, en Baudelaire, en Poe, en Goya, en el Greco, en Schubert, en Hordlerlin, en Kleist, en todos los grandes escogidos de la tragedia y de la gloria. Aman, de igual modo, la vida y la muerte, la belleza de la extensión y la del límite; acarician su angustia como a un viejo lebril del misterio. Y no pueden vivir por ella, ni embellecer sus almas sin ella. Son la afirmación que todo lo niega; o la negación torturante que todo lo afirma. Y por eso no se acomodan nunca a nada; ni dejan de amarlos todo al través de las lágrimas. Son almas perdidas en el mundo, que van a la ciudad y salen de ella, sin comprender que no habrá de serenarlas ni el alcázar de oro, ni el monte de piedra, ni el desierto ilimitado, ni el lago tranquilo.

He aquí a los ciclotímicos de la nomenclatura moderna. No encontraréis entre ellos a un satisfecho, a un hombre feliz, pero tampoco a un calculista que mida lo que da por lo que recibe.

En los campos de la literatura encontraréis al ciclotímico con el mágico y profundo nombre de Hamlet; o con el dolorido y suicida de Werther; o con el de Manfredo, René o Chatterton... Lo encontraréis en todas las páginas inmortales y en todos los grandes sucesos de la historia. Pero siempre, siempre incomprendidos, siempre torturados, siempre con la sien abrasada en ansias y con los ojos tristes vagando en el vacío. No puede haber nada heroico sin ello y nada definido sin ellos. El mundo es suyo y sufren, por tanto, el horror de la enorme responsabilidad de tenerlo. Viajeros eternos, angustiados sin posible reposo, suicidas; héroes y mártires; sombras, sombras, que no saben lo que desean en el devenir azorado y no contenido jamás de sí mismos.

De niños buscan los apartados retiros de las casas. Los padres agregan a su tortura individual,

la externa, en el castigo sin miramiento y en el reproche sin inteligencia. Ningún ser merece, en este caso, más cariño; y a nadie se le niega más que a él. De jóvenes, se alojan en sensibilidades que ellos no se explican; su corazón vaga entonces cerca del sepulcro. Almas profundas de jóvenes que el medio rechaza y desaira. Todo es oscuro en ellos; todo es triste en ellos; todo es incomprendible en ellos. ¿Hay alguna inquietud o un mayor infierno que en su alma?

Ciclotímicos, almas doloridas, cuerpos convulsos, ideas trágicas. ¿Váis siempre de viaje? ¿Preparáis un hecho glorioso, una página inmortal o el arma con que habéis de cortar el hilo invisible? ¿A dónde vais, almas perdidas? En esa forma es posible y sensato interrogar a los ciclotímicos. Pero el dolor desgarrador en todos ellos la carne. En las almas del Vitral, el autor analiza los secretos de la ciclotimia y el espíritu de los hiperremotivos en los aspectos más delicados y más hondos. Las preguntas inquietadoras surgen imperativamente. Y el espectador comprende que en ellas se han traspasado los linderos de la epidermis clásica del análisis.

En Berta, en Javier y en Mónica, protagonistas de la obra, se estudia el curso trágico de la fatalidad. Berta es el espíritu elegante y ligero; la vida que fluctúa entre la pasión y la gracia, la sonrisa y las lágrimas; que oscila entre el deber y el pecado: barco lleno de guirnaldas entre los escollos de las fuerzas secretas. Javier, el artista serio que sufre la atracción voluptuosa de Berta, su esposa. En ella se tienden domeñados sus pobres sentidos, como la hiedra en los muros que las mantienen, al calor del guijarro. Y absorbe de ella todo lo hondo que tiene lo trivial, en un complejo que encadena, con la materia, el impulso esencial de las alas. Berta es, para Javier, el imperativo de la caricia y de la sensualidad.

En cambio, Mónica, hermana de Berta, la tercera artista del triángulo; un vuelo de la espiritualidad atormentada sobre la carne. El sacrificio del amor que el convencionalismo ha tornado en cosa imposible. La llama contenida en los subterráneos de la convivencia. El deber social que aplasta el flujo interno de la naturaleza humana: una naturaleza hipersensitiva, ciclotímica, inalterable y fatal, trágica en gra-

do supremo, porque está impulsada de antemano hacia la muerte, hacia el amor a la muerte. Ningún amor más puro que el suyo, más legítimo que el suyo, y, no obstante, más confundido que el suyo.

No hay recurso más bello en la obra que el de Javier, al pintar, con los bajos fondos de la subconciencia, el vitral. Su esposa ha sido el modelo. Sin embargo, al terminar su trabajo, aparece Mónica temblando en las líneas del vidrio transformador y mágico. Es una combinación imprecisa de las dos hermanas, que recuerda a Freud; un milagro del espíritu que trasciende la carne, la norma, el deber, la moral cotidiana. Una actividad manifiesta más allá de la lógica y, por esto mismo, más esencial que la lógica del viejo catálogo. Está a tono con las inquietudes del siglo que trasponen toda medida en busca de otra ciencia, de otra filosofía, de otro arte.

Estudiándola, se recuerdan los empeños de la época realizados por analizar los misterios de la personalidad, de los temperamentos, dentro de un nuevo orden de observación de las fuerzas, sólo presentido antes por los grandes autores. Las almas del Vitral son hijas de un medio exquisito, doloroso, profundo. De pueblos viejos que todo lo han querido hurgar en las cavernas internas del hombre. Son hijos de Francia, país en que el autor ha visto representar las obras más renombradas. Están hechas con la magia de una observación refinada, en un medio refinado. Pertenecen a un teatro aristocrático, pero real; a un arte delicadísimo, pero comprobable en el gabinete del más exigente sicólogo.

Las almas del Vitral no están,

por todo ello, aderezadas con falsos recursos retóricos. El sentido de la proporción, de la medida, del buen gusto, de la gracia sin fingimiento, de la elegancia francesa, en una palabra, campea al lado de la psicología que desmenuza, hasta el escenario de lo morboso y de lo retorcido, la realidad interna, acaso la única real de la vida. Esta obra tiene, por eso, sobre el teatro de simple entretenimiento o de estudio desapasionado, de literatura libresca, la atracción que ejerce sobre el contemplador la angustia de vivir. Es producto de un arte vivo. Se piensa en la definición platónica de la belleza, al catalogar la suya: "Es el resplandor de la verdad." Porque las almas del vitral encierran la tortura de haber sido sorprendidas en el dolor del complejo humano, sin consuelo y sin fin. Son los fantasmas del subconciencia. Es más: los del destino, inalterado e inalterable de todas las cosas.

Preparaos no a catalogar la obra en una escuela dada; el autor ha puesto, sobre la disciplina escolástica, el análisis directo y profundo del dolor humano. No a pasar un simple instante de entretenimiento en lo que el recurso artístico halague nuestra pasión por lo ligero y lo trivial; él no ha querido la gloria del aplauso, que evade siempre hasta lo incomprendible, sino el gusto de hacer meditar sobre la realidad interna del hombre. El suyo es un teatro abierto a la sinceridad de las lágrimas.

Estad atentos: el escenario utiliza los objetos. Ya ponen el pie tembloroso sobre él, las almas del Vitral.

(De "El Teatro de H. Alfredo Castro Fernández", 1957.)

NOE SOLANO

DIBUJANTE



OFICINAS: Edificio La Arena, planta baja. Frente Almacén Lines.



Loores, cántigas y preces a la Virgen

y la famosa Ave María, escrita por el famosísimo Juan Ruiz,
Arcipreste de Hita, que nació hacia 1283 y murió hacia 1350.

GONZALO CHACON TREJOS hizo este arreglo, para la Revista "BRECHA" con motivo de la Navidad de 1957, tomado de la edición del "Libro del Buen Amor" comentado y anotado por el eximio Maestro mexicano don Alfonso Reyes.

- Santa María,
Luz del día,
Tú me guía
- 1— Todavía
Quiero servir a tí, flor de las flores,
Siempre decir cantar de tus loores;
- 2— Non me partir de te servir,
Mejor de las mejores.
Grand fianza he yo en tí, Señora,
La mi esperanza en tí es toda hora;
De tribulación sin tardanza,
Vénme librar agora.
- 3— Estrella del mar, puerto de folgura,
De dolor cumplido e de tristura,
- 4— Vénme librar e conortar,
- 5— Señora del altura
En tí es mi esperanza,
Virgen Santa María;
En Señor de tal valía
Es razón de haber fianza.
Santa Virgen escogida,
De Dios Madre muy amada,
En los cielos ensalzada,
Del mundo salud e vida,
De muerte destruimiento,
De gracia llena cumplida,
- 6— De coitados salvamiento,
De aqueste dolor que siento,
- 7— En presión sin merecer,
- 8— Tú me deña estorcer,
Con el tu defendimiento.
¡Ay, noble Señora, Madre de piedat,
Luz luciente al mundo, del cielo claridat!
Mi alma e mi cuerpo ante tu Majestat
Ofrezco con cántigas e con grand homildat.
Homillome, Reina Madre del Salvador,
- 9— Virgen Santa e dina, oye a mí pecador.
- 10— Mi alma e mi coita he en tu alabanza,
De tí non se muda la mi esperanza;
Virgen, tú me ayuda e sin detardanza,
Ruega por mí a Dios tu Fijo, mi Señor.
Ayudas al inocente con amor muy verdadero,
Al que es tu servidor, bien lo libras de ligero,
- 11— Non le es fallecedero tu acorro sin dudanza,

- 12— Guárdalo de mal andanza el tu bien grande, llenero.
A ti encomiendo, Virgen Santa María;
- 13— La mi coita tú la parte, tú me salva e me guía,
- 14— E me guarda todavía, piadosa Virgen Santa,
Por la tu merced que es tanta, que decir non la podría.

—x—x—x—x—x—x—x—

- Ave María gloriosa,
Virgen Santa, preciosa,
¡Cómo eres piadosa
Todavía!
Gratia plena, sin mencia,
Abogada,
Por la tu merced, Señora,
- 15— Paz esta maravilla
Señalada.
Por la tu bondad agora
Guárdame toda hora
De muerte vergoñosa,
- 16— Porque loé a tí, hermosa,
Noche e día.
Dominus tecum,
Estrella resplandeciente,
- 17— Melecina de coidados,
- 18— Catadura muy bella,
Reluciente;
Sin mancilla de pecados,
Por los tus gozos preciados
Te pido, virtuosa,
Que me guardes, limpia rosa,
- 19— De folia.
Benedicta tú,
Honrada sin egualanza,
Siendo Virgen concebiste,
De los ángeles loada
- 20— En alteza;
Por el fijo que pariste,
- 21— Por la gracia que hobiste,
- 22— ¡Oh bendicha flor e rosa!
Tú me guarda, piadosa,
E me guía.
In mulieribus
Escogida, Santa Madre,

La Inquisición en en Centroamérica

Por Lorenzo Vives

— V —

Algunas veces la postura del Obispo frente al Comisario era de abierta rebeldía, tal el caso del Obispo Alonso Galdós, de Comayagua, que hizo salir de su diócesis al fraile Alonso Sánchez, para librarlo del Santo Oficio. También, en León, Nicaragua, hay resistencia de parte del Obispo para lo de la Comisaría de la Inquisición. En cambio, los disgustos entre comisarios y prelados de órdenes religiosas, son menos frecuentes, porque las indagaciones no salían del convento, cosa distinta de las que se habían de seguir contra los sacerdotes, que trascendían al público. No era raro que el mismo prelado de la

orden fuera inculpado de solicitante en confesionario, como el caso de fray Juan Camacho, de Guatemala, comendador de la orden mercedaria. El asunto más escandaloso fue el ocasionado por el fraile Jerónimo Larios, maestro de novicios de la misma orden de la Merced. La orden de Santo Domingo, ya hemos visto que no se salvó del mismo delito, y ahora es el provincial de la orden, fray Manuel Vásquez, también acusado de sollicitación en confesionario. Estos delitos, en el siglo XVIII, eran considerables en número. El dominico fray Francisco Orellana es denunciado por María Ignacia Monterroso, por haberla sollicitado en confesión.

Los otros delitos presentaban

menos virulencia. Los protestantes continuaban siendo perseguidos, así como aquellas desviaciones de la ortodoxia rancia. En Costa Rica —esto en el siglo XVII— se hubo de ver el caso de Alonso de Guzmán, que decía que “Dios le había de dar el cielo de justicia”, negando la doctrina de la gracia.

Erasmus influyó mucho en España, y el Santo Oficio vigilaba para que tal influencia no llegara a América. Bataillon, Jiménez Rueda y Almoina, han dejado sendos trabajos sobre el erasmismo en estas tierras. Ya en el citado siglo XVII, a pesar de los peligros que ello entrañaba, había quien se indignaba por los excesos del culto externo y por

el aumento de órdenes religiosas que señalaban un peligro para la libertad de conciencia. Y según Erneso Chinchilla Aguilar, cuya documentada obra *LA INQUISICION EN GUATEMALA* hemos seguido de preferencia, hasta hay quienes discute la bondad de los Santos y la inmaculada Concepción de la Virgen. Por ejemplo, hay que citar al Presbítero Bartolomé de Valdespino, de la Villa de la Trinidad de Sonsonate, quien, en un sermón se atrevió a decir “que los santos merecían más que la Virgen María y aun algunos de nosotros merecemos más que ella.”

Ya el mismo Papa, para evitar rozamientos, había recomendado que no se tocara el asunto de la concepción de la Virgen, pero a pesar de ello, fray Juan Cabezas de los Reyes, de Ciudad Real de Chiapas, sigue discutiendo el delicado asunto teológico y es castigado, así como el dominico fray José Gavaldo, de Guatemala. (Ya hemos hecho mención de lo que dijo en un sermón fray Ignacio de Piña, O. P., de la citada Ciudad Real de Chiapas, sobre la adoración de las imágenes, diciendo que “eran unos palos que no habían de hablar jamás.”)

La censura y prohibición de libros había de ser una escuela

- De cristianos amparanza,
De los santos bien servida;
E tu Padre
Es tu hijo sin dubdanza.
¡Virgen, mi fianza!
De gente maliciosa,
Cruel, mala, soberbiosa,
Me desvía.
E benedictus fructus,
23— Folgura e salvación
Del linaje humanal
24— Que tiraste la tristura,
25— E perdimiento,
Que por nuestro esquivo mal,
El diablo, sucio tal,
26— Con su obla engañosa
En cárcel peligrosa
Ya ponía.
Ventris tui,
27— Sarita flor non tañida,
Por la tu grand santidad,
Tú me guarda de errar,
Que en mi vida siempre siga,
En bondad,
Que merezca igualdad,
Con los santos, muy graciosa,
En dulzor maravillosa,
¡Oh María!

GLOSARIO

- 1— Siempre.
- 2— No dejaré de servirte.
- 3— Folgura-reposo.
- 4— Conortar-confortar, consolar.
- 5— Señora que estás en los cielos.
- 6— De afligidos salvación.
- 7— En prisión injusta.
- 8— Dígnate apartarme.
- 9— Dina-digna
- 10— Te alaban mi alma y mi congoja.
- 11— Sin duda no le falla tu amparo.
- 12— llenero- pleno.
- 13— Mis congojas aparta, sálvame, guíame.
- 14— Ampárame siempre.
- 15— Faz-haz
- 16— Porque te alabé, hermosa.
- 17— Medicina de congojas.
- 18— Catadura-gesto, semblante
- 19— Folia-locura.
- 20— En los cielos.
- 21— Hobiste-tuviste
- 22— Oh bendita flor y rosa.
- 23— folgura- contento.
- 24— tiraste- quitaste,
- 25— Y perdición.
- 26— obla- obra.
- 27— non tañida- no tocada.

Juegos de Portal

Por Carlos Luis Sáenz

Una esquina de calle. Bajo el farol amigo un coro de niños —al anoecer— se recrean en la alucinación del juego.

NIÑA 1—
Cuando yo sea nube, delante!
de estrella...

NIÑA 2—
Y yo bailarina, como brisa o
vela...

NIÑA 1—
Mejor no... Juguemos a mo-
ros y reinas.

NIÑO 1—
Una reina mora perdió su pei-
neta, su peineta de oro cuajada
de perlas, en el agua oscura de
la fuente negra.

NIÑA 1—
¡Ay, pobre morita! ¿Quién me
la consuela?

NIÑO 2—
Yo, dijo la luna que en las
ondas juega con los abanicos
de las aguas frescas.

NIÑO 1—
Lámpara en la mano, por la
fuente negra, caminó la luna
una noche entera.

NIÑO 2—
Pregunta el rey moro: "¿Mo-
rita morena, qué te resplande-
ce con luz en las trenzas?"

NIÑA 2—
Mira mi rey moro si son azu-
cenas con sol, o es espuma de
olas salineras.

(Los niños se dan las manos y for-
man la rueda. En el centro, el
Niño 1)—

NIÑO 1—
Ni es espuma blanca, ni son
azucenas, ni son perlas finas
las de tu peineta.

CORO (Gira y canta)
¡Ay, la luna, luna, la luna
lunera!

NIÑA 2—
Rey moro, rey moro, perdí la
peineta que el día de la boda
tu mano me diera, en el agua
oscura de la fuente negra.

NIÑO 1—
¿Y esto que reluce ahora en
tus trenzas?

CORO (Gira y canta)
¡Cachito de luna, de la luna
nueva!

NIÑO 1—
¡Peineta de luna para tu ca-

beza! Ya no llores más, mi
mora morena, que esta misma
noche haremos la fiesta.

CORO (Gira y canta)
¡A la blanca, blanca, luna del
enero!

NIÑA 1—
Y risitas para el rey moro, y
risitas para la reina; y para los
convidados, mazapanes con ca-
nela.

(Se deshace la rueda y la Niña 3
inicia este otro juego).

NIÑA 3—
Tun, tun. ¿Quién llama a la
puerta?

NIÑO 3—
Es un viejecito con una don-
cella.

NIÑO 1—
No, que no es doncella, sino
un lirio blanco color de la nie-
ve que cubre los campos.

NIÑA 2—
Santa Ana, olía a manzana.

NIÑO 2—
San Joaquín, olía a jazmín.

NIÑA 3—
San José, olía a clavel.

NIÑA 1—
La Virgen y el Niño, a rosas y
a miel.

NIÑO 3—
Pues juguemos al portal con
pajitas de memoria, con estre-
lla de cristal y el angelito de
gloria.

NIÑO 1—
Con ángeles malespines que
sepan hablar latines.

NIÑA 2—
Con un frailecito mocho que
esté comiendo bizcocho.

NIÑO 2—
Y con una mula echada con la
colita peinada.

NIÑO 3—
Y con un buey santulón, ca-
chitos de corazón.

NIÑA 3—
Y con plumitas de nido de pa-
jarito cantor.

NIÑA 1—
De no toque y sólo mire, al-
bor silencioso, un cisne, pico
rojo de coral, que por luz de
agua camine.

NIÑO 3—
¡Sí, sí, juguemos que el Niño
va a nacer en el portal!

NIÑA 2—
Y que somos los pastores que
lo vienen a adorar.
(Palmadas y voces de las Madres que
llaman a los niños)

VOZ—
María... José...

VOZ—
Anita... Joaquín. Está hacien-
do frío, vénganse a dormir.

NIÑO 1—
¡Ya vamos, mamá!

NIÑO 3—
¡Achará!... ¡Tan lindo que
estaba el portal!

del intento de depuración de la mente y de la conservación de la fe. Sobre todo, la novela y el teatro no religioso eran severamente vigilados. En los puertos había delegados del Comisario para vigilar el embarque y desembarque de libros. En Costa Rica, fray Cristóbal de Ordóñez nombró al fraile Ricardo de Jerusalén, franciscano como Ordóñez, para que se encargara de tal cometido. Las obras de Voltaire causaban pánico, y no es extraño, pues hasta obras valiosas de religiosos eran retiradas de la cir-

culación, tales las de fray Antonio de Remesal, autor de la *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. El mismo padre costarricense que tanto hizo desde Guatemala por la comprensión de ideas liberales, Antonio Liendo y Goicoechea fue denunciado por poseer libros muy peligrosos.

En cuanto a las costumbres, tampoco los clérigos de aquellos tiempos constituyen excepción, pues son muchos los que fueron

denunciados por abusar en el juego, por dedicarse al comercio ilícito, provocar alborotos, explotar a los indios, revelar lo que se les comunicaba en confesión, solicitar en el confesionario favores a ciertas mujeres y otros delitos. Las ideas de allende el mar llegan a estas tierras produciendo un despertar en las conciencias adormecidas por tantos años de fanática persecución, y aquellos excesos amortiguados, vuelven a presentarse a partir de 1820. En la segunda mitad del siglo XIX, hasta libros obscenos llegan, así

como láminas *non santas* y las ideas se alojan y se ponen a tiempo. El mismo suicidio se mira con menos terror que antes. Es natural que el clero volviera a relajarse y los abusos aumentarían. En Cartago, ya en el siglo XVII, Juan Chávez y Mendoza denuncia los malos hábitos de los mismos doctrineros.

En el próximo trabajo, último de ellos, daremos una relación, por siglos, de los casos de solici- tación por religiosos, nombres de las damas denunciadas y libros que eran prohibidos.

NIÑA 2—

Mañana temprano vengan a jugar y traigan los pitos de gorgoritear y luz de bengalas de gran claridad y ramos de uruca y ramos de azahar y barba de viejo y humo de incensar, que alegren la fiesta de la Navidad.

NINO 1—

De lo que abuelita guarda en aquel cofre, les traeré unos lindos trapos de colores.

NIÑO 2—

Si mamá me presta su delantal blanco con rosas de fuego, vendré de Rey Mago, corona de oro, envuelto en el manto.

(De nuevo las voces y las palmadas de las madres que están llamando a los niños).

NIÑA 2—

¡Vámonos ya, vámonos, que nos están llamando!

NIÑOS— (En coro)

¡Vámonos, vámonos!

(Mutación rápida. El establo, casi a oscuras, con el pesebre en el primer plano. Al fondo, la mula y el buey).

VOZ—

En el sueño de los niños, los niños seguían jugando, y la realidad de ensueño les ponía el portal soñando.

(Entran el Niño Angel y la Niña Estrella).

NIÑO ANGEL—

¡Tócame! Ya ves, me vine de vuelo.

NIÑA ESTRELLA

¡Mírame brillando! ¿No ves que estoy hecha toda luz de estrellas? ¡Guapo te ves de angel!

NIÑO ANGEL—

¡Linda estás de estrella!

NIÑA ESTRELLA

Ya los Reyes Magos vienen por la senda; tengo de alumbrarles palmera y palmera, en sus cien jornadas por la roja arena. (Va a salir).

NIÑO ANGEL—

¡Espera! Has de saber que María y José, de puerta en puerta, todo Belén recorrieron sin encontrar quien les diera albergue donde posar esta noche de nevera.

NIÑA ESTRELLA.—

Pobrecitos peregrinos, —San José, pino nevado, la Niña una espiga llena,— pues tendrán mucha tristeza.

NIÑO ANGEL—

Y mucho frío... José dijo: "Puerta de oro, puerta de oro la de la casa del vino, ábrete y danos posada junto al carbón encendido" Y una voz le contestó con lengua de peder-
nal.

VOZ—

Aquí no se da posada, que esta casa no es hostel. Para pobres limosneros no se amasó nuestro pan.

NIÑO ANGEL—

José dijo: "Ah, de la casa, la de la puerta de plata, la de la hoguera encendida y la cena preparada, una pizca de calor te pedimos, regalada". Adentro todos reían, las bailarinas danzaban con sus velos de color, la felicidad sobraba. Pero no se abrió la puerta, aquella puerta de plata. Y entre la ventisca fría una voz le contestó presurosa y sin piedad.

VOZ—

La casa de la alegría no venga a perturbar. Sabor de yerbas amargas el vino nos torcerá.

NIÑA ESTRELLA.—

Iré por los Reyes buenos, que los vengan a amparar. (Sale).

NIÑO ANGEL—

¡Qué miro! ¿Pues no es aquel el establo en el portal? Correré y a los pastores que con el ganado están, les diré la buena nueva de esta noche de cantar. (Sale).

(El establo se alumbra vivamente)

NIÑA— (Vestida de Virgen, entrando)

Yo soy la Virgen María, la Rosa de Jericó, con el Niño en el regazo que a media noche nació.

NIÑO (Vestido de San José, entrando)

Como mi padre es carpintero, junto a María yo seré el que guarda al Niño Divino, como el viejito San José.

NIÑO ANGEL— (Entrando).

Salgan, salgan los pastores; ninguno se quede atrás, que Jesucristo ha nacido en las pajas del pajar.

(Salen en parejas niñas y niños vestidos de pastores).

NIÑO PASTOR 1—

¡Suenen panderos con sus sonajas para el Niño que nace entre pajas!

NIÑA PASTORA 1—

¡Y que publiquen paz y consuelo los angelitos que bajan del cielo!

NIÑA PASTORA 2—

Señora María, Señora Gloriosa, para su Niño le traigo esta rosa.

NIÑA MARIA—

¡Ay, Jesús, cómo huele! ¡Ay, Jesús, que olor! Pastorcilla de los prados que me das el corazón.

NIÑO PASTOR 2—

Mi madre, la panadera, te ofrece este pan moreno para que tu Niño coma cuando atraviese el desierto.

NIÑA MARIA—

Andar, y andar bajo el cielo limpio perlado de estrellas, camino de Egipto.

NIÑA ESTRELLA— (Entrando).

De Oriente llegan los Magos, Baltasar, Melchor, Gaspar, con los camellos cansados de caminar y caminar y con los ojos en luces del milagro que verán. (Entran los Tres Reyes).

NIÑO SAN JOSE—

Señores, los Reyes Magos, adelante y perdonad, que aquí no hay sillones de oro para que os podáis sentar.

REY 1—

De rodillas estaremos; que donde está el Rey Mayor, nuestras coronas se humillan como estrellas ante el sol.

NIÑA ESTRELLA.—

¡El Niño está llorando! ¡Ved cómo tiembla de frío!

REY 2—

Señora, toma mi manto y que le sirva de abrigo.

NIÑA MARIA—

Lana de camello lo calentará con sol del desierto que huele a arena. ¡Oh, precioso el manto de púrpura real!.. ¡No, no, no me atrevo a hacerlo pañal!

REY 2—

Mantos de los reyes sólo servirán si amparan a un niño del frío invernal. Tómelo, Señora, y envuélvalo ya.

REY 3—

¿Mis tesoros de oro de qué servirán donde el Amor Niño nace en un pajar? Pajitas de trigo seco valen más que coral y perlas sacados del mar. Señora María, Señor San José, dejadme que el Niño lo bese en el pie.

NIÑA PASTORA 3—

¡Ay, mirad cómo entre el llanto florece su sonrisilla.

NIÑO PASTOR 3—

¡Sí, que el Mago con sus barbas rizadas le hace cosquillas!

NIÑA PASTORA 3—

Sonrisitas para María. Sonrisitas para José y para los Reyes buenos, el milagro de lo ver.

NIÑO PASTOR 3—

Y al alba que ya se asoma y a la aurora que ya viene, pitos, panderos y flautas que suenan y que resuenen.

NIÑO ANGEL—

Din, dan. Din, dan. En la mañanita de la Navidad, canten campanas que digan paz. Paz en el cielo, paz en la tierra, paz en las limpias aguas del mar.

LOS TRES REYES— (A coro)

Paz a los hombres de buena voluntad.

LA SEGURIDAD SOCIAL

ES LA SUPREMA ASPIRACION DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

Navidad

Por PROTEO

La historia es tan bella que el mundo la repite y la celebra cada año como si se tratara de algo nuevo, novísimo, con la alegría luminosa de un estreno de vida, de espíritu, de luz. Por algo coincide con el solsticio de invierno y por algo una estrella solitaria alumbra el camino que conduce a Belén. En cada detalle se ve el halo de lo divino dando resplandores eternos a este amanecer de maravilla en que la humanidad abre los ojos y los lava en las aguas celestes de la Revelación. En cada signo hay una nueva interpretación que hace meditar a los exégetas, comulgar a los santos y contemplar a los místicos. Y en cada señal hay un nuevo rumbo, un nuevo mandato y una nueva verdad.

Cristo nace, y los valores del alma cobran distinto significado. El lucero guía el cortejo de los Reyes Magos hacia el pesebre mágico, y desde entonces el Occidente todo y otra gran parte del mundo se convierten en caravana interminable, porque al calor del vaho de la mula y del buey ha nacido la más grande y sólida civilización que jamás vieron los siglos asombrados. De aquel suceso, a un tiempo tan sencillo y prodigioso, habrá de surgir el Hijo del Hombre y abrirá su corazón para decir: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". Aquel pequeño escenario habrá de agrandarse hasta tomar la anchura del mundo y de la eternidad para dar cabida al drama permanente, a esa lucha continua del espíritu que Unamuno representa con el valor etimológico de la palabra AGONIA.

Cristo nace, y las campanas pascuales suenan como risas de niños, y los ámbitos se hacen estrechos para contener el desbordamiento de sano regocijo, de dulces esperanzas y de buenos propósitos. El incienso y la mi-

rra levantan sus volutas de perfume en los corazones, pues cada pecho es un templo donde el Dios Niño prende las luces del consuelo que animan la vida y dan impulso a los pasos inciertos del hombre sobre la tierra. En todas partes la vida sonríe y el más triste siente una ráfaga de plumas acariciándole la frente, como si a la evocación el Taumaturgo tuviera sus propias manos balsámicas impuestas sobre los pensamientos febriles. El Cordero de Dios hace sonar su esquila de oro sobre la verde pradera de la Esperanza, y el rico y el pobre, iguales para la pena, olvidan su tristeza para juntar sus voces al dulce tañido, en un ¡hosanna! magnífico que llena la altura. Es el himno inmortal, el canto glorioso que sobre las épocas alaba y celebra la llegada del Gran Mensajero.

La Edad Media le amasó arquitecturas soberbias de gótica

estirpe, en cuyos portales los pueblos bailaban y los saltimbanquis, no teniendo otra cosa, ofrecían sus piruetas y contorsiones. El Renacimiento le dió sus pinceles y mármoles y estrofas de bronce, en la más estupenda cosecha de los campos del Arte. Según las latitudes, los hombres se valen de símbolos diversos para presentar la prodigalidad que para el mundo, significa el nacimiento del Señor. En el Norte es un truco nocturno que se anuncia con campanitas de plata —voces blancas sobre la blancura de la nieve—, en el cual va San Nicolás con un gran saco de juguetes a cuestas. Los niños en sus sueños lo miran bajar por la chimenea y llegar de puntillas hasta sus camas, rubicundo y risueño en medio de la albuza de sus luengas barbas.

Entre nosotros el Niño es moreno, como en realidad debe haber sido Jesús, y es él en per-

sona quien trae los juguetes y los deja dentro de los zapatos infantiles. En algunos países, como en México, toca a los Reyes Magos esta misión simpática. Y es que también en España, de donde nos vino Cristo, la costumbre varía según la región. Pero en todas partes la Navidad significa regalo: regalo del Niño o de sus ayudantes, San Nicolás y los Reyes Magos, para la inocencia; o del amigo al amigo en señal de felicidad, de paz, de la alegría caritativa y cordial que trajo al mundo la presencia de Jesús. Así es como crece el hombre occidental viendo desde pequeñito que la Pascua es hosanna, villancicos y ofertorios.

El Catolicismo nos dió la Nochebuena, es decir, la espera, la víspera, la vigilia anunciadora del gran amanecer, con su misa del gallo y su cena. Es el sentido, el concepto de la familia del hombre del Mediterráneo que da calor de hogar a esta celebración y reúne a los seres queridos en torno del buen yantar y el buen libar. Es el antiguo ágape de los griegos convertido en la cena de nochebuena por el sentimiento cristiano de las razas pobladoras de las riberas del Mare Nostrum, de raigambre individualista, estimulada por el incommovible concepto familiar que rige su vida. Es cuando la minuciosidad del detalle se impone y hace que cada invitado se fije, como dice el poeta, en "si falta una copa en la mesa, o alguna mujer".

brújula quieta

Hace días se encuentra en Costa Rica, de nuevo entre nosotros que lo apreciamos en lo que vale por su caballerosidad e inteligencia, el pintor Manuel de la Cruz González.

Son muchos los años que ha pasado Manuel de la Cruz en Cuba y principalmente residendo en Maracaibo, Venezuela, lugar en donde se le considera en lo que vale y se le aprecia entrañablemente.

No necesitamos decirle a Manuel de la Cruz que BRECHA es su revista. Sus páginas están a su servicio para que escriba con su



admirable prosa sobre temas literarios y de estética.

Manuel de la Cruz sabe que esta es su casa; que aquí lo necesitamos para que renueve este ambiente pictórico y literario un poco anquilosado; que su dinamismo y afán de lucha nos caen muy bien en estos momentos en que BRECHA quiere que en sus páginas se refleje no sólo a presencia del pasado literario y artístico de la nación, sino también su porvenir, su futuro; que esta revista, en afán siempre de mejorarse, vería con agrado que Manuel de la Cruz nos contara

sus impresiones artísticas, su deseo siempre insatisfecho de bucear hondo en la pintura y el dibujo, su rara inteligencia creadora infatigable, siempre en renovación constante.

Eso es lo que necesita nuestro país: que muchos como Manuel de la Cruz, se propongan una revisión de nuestro quehacer artístico, una crítica constructiva de nuestro ambiente creador.

Por eso estamos con Manuel de la Cruz y le deseamos como amigo y artista todo lo mejor que podemos desearle a un amigo y a un artista de sus cualidades y de su tenacidad y fuerza de trabajo.

DIEGO RIVERA HA MUERTO. El formidable pintor de los grandes murales y bellos retratos, dejó de existir en México, su tierra natal, ya que su gloria pertenece al mundo, como orgullo legítimo que fue de la especie humana.

BRECHA le hará un homenaje en la próxima edición, homenaje con el cual nuestra revista se honrará, como nos honró siempre su grata y siempre fresca y cordial amistad. Como nos honró la de José Clemente Orozco, el otro gran pintor con que la ilustre tierra de Anáhuac enriqueció al mundo.

EL ULTIMO ESTRENO EN EL TEATRO DE CAMARA EL ARLEQUIN es una ensalada con sal y aceite: la sal en una pieza de Jardiel Poncela, una situación cómica con los consabidos juegos mentales y verbales del español; y el aceite en la obra idem de O'Neil, una pesada y a veces histórica, si bien reducida píldora trágica que se desborda con torpeza.

Hablaremos primero de la gracia. "A las 6 en la esquina del boulevard" es una reposición. Hace algún tiempo fue puesta en escena, quizás con menos experiencia pero con mayor espontaneidad. Antes era ágil, ahora un poco seca.

Talvez le falta lo que le sobra a la microtragedia de O'Neill: aceite para que engrase y resbale. Las protagonistas son las mismas: Kitico Arguedas, con mucho señorío de escena, enorme concentrado anímico; Clemencia Martínez, dueña de sí, languideciente, siempre cuidando su presencia; y Anabelle Garrido, con indudable vis cómica. El

protagonista ha cambiado: antes era Alexis Gómez, un poco rígido pero muy adecuado: ahora es Jean Moulaert, más flexible pero con el inconveniente de que su pronunciación recuerda demasiado al Mr. Norton de "La Mujer Asesinada". El grupo tiene, en fin, más oficio, más cosas sabidas, aplomo y seguridad envidiables, pero se nota con nostalgia la alegría de la improvisación que hizo de aquel "boulevard" un rato amable del teatro costarricense.

Este "Aceite" no flota sobre el agua. Está en las ballenas y es, como éstas, demasiado pesado. Como obra de juventud que es —alguna vez O'Neill se arrepintió de muchos de sus pinitos, e incluso emplazó una demanda que perdió finalmente, contra un editor que no respetaba ese arrepentimiento— se nota en ella el afán de abarcar demasiado en muy poco espacio. Para una obra en un acto, de dos personajes de importancia, con un tema de dimensión trágica, "Aceite" es un continente en el que no cupo el contenido. Todo está reducido a proporciones mínimas, y en ese esfuerzo infinitesimal, el drama padece de asfixia y a veces se vuelve pesado y ridículo. La interpretación que le da el grupo Arlequín es apenas suficiente, no obstante el evidente esfuerzo de José Trejos por dar la dimensión espiritual a su Capitán, y el trabajo cuidadoso de Kitico Arguedas, solo malogrado por una locura final y una ejecución al órgano que parecían de película terrorífica.

En "Aceite" asomó la cara a la escena nacional un nuevo artista: Stanley Bolandi. Su actuación es fugaz, como fugaz es toda la obra, pero nos permitió adivinar a un gran actor de carácter. Ojalá se le señale buena ruta.

Finalmente, un comentario que va por parejo para El Arlequín y para cuantos hacen teatro en Costa Rica. Se refiere a la dicción. —Nuestros directores tienen sensibilidad e intuyen muy bien el ejercicio escénico, pero fallan lamentablemente cuando se trata del buen decir. Esos "Usté" y esos participios pasados incompletos son de mal gusto. La pronunciación y la modulación correctas constituyen el único obstáculo que no ha podido salvar todavía el nuevo, pero ya rico, teatro nacional.

Don Guy.

UN ABRAZO ENTUSIASTA y una copa llena de laureles encendidos por ese primer tomo de "Brecha", a ti y a Adolfo Ortega Díaz, que han capturado la atención de América. Salud y muchos años de vida para la revista.

Te mando el recorte adjunto, para un número próximo de "Brecha", naturalmente siempre y cuando ustedes le den el visto bueno. Te diré que es el único recorte que tengo de ese artículo o diálogo; avísame con confianza si lo aprovechan. El "Índice" de Ferrero muy útil. ¡Cuántos trabajos, que de firmas y temas interesantes e ilustres! Yo aquí, alguna vez, me he referido a "Brecha" en párrafos de mi "Danza de Rostros", de Revista de Revistas.

Especialmente dile a Adolfo me diga su opinión sobre ese encuentro con Pascal.

He pensado en la forma de hacer un volumen con tus artículos sobre artes plásticas. Son magníficos y hacían mucha falta. Es una sorpresa y un alivio saber el trabajo de arte que se realiza en Costa Rica en nuestros días.

Alfredo Cardona Peña

PARA LLENAR SU ULTIMO PROGRAMA DE ESTE AÑO, LOS DEL "ARLEQUIN" han tenido el acierto de darnos un estreno de gran calidad teatral, junto con una reposición de indudable atractivo. El estreno es ACEITE, de Eugenio O'Neill; le reposición, A LAS SEIS EN LA ESQUINA DEL BULEVAR, de Jardiel Poncela. Entre ambas complementaron el tiempo reglamentario de una función, consiguiendo de paso una buena noche de teatro.

"Aceite", este drama de un solo acto, de una sola acción, áspero y veraz como todo lo del gran dramaturgo norteamericano, que en los veinte escasos minutos de su duración amarra y resuelve con la mayor sinceridad el nudo de un eterno complejo humano —amor y deber—, ofrece para su cabal realización escénica enormes dificultades interpretativas. El vigor de la obra, sin asideros literarios de ninguna especie, sin resquicios por donde dejar calar la menor insinceridad, puede convertirse en un verdadero escollo para los tres básicos protagonistas del conflicto. No fue, sin embargo, así la noche de su estreno, el jueves pasado.

La tónica general de la obra, su dureza, sus enérgicos contrastes, estaban allí sobriamente conseguidos, en una lucha contra cada palabra, puesto que en las obras de O'Neill la palabra no es propiamente vehículo sino amarga consecuencia del asunto interior.

Muy acertada de actitud hizo, entre otras cosas buenas, un mutis de gran sinceridad y de mucho efecto. Kitico Arguedas nos dió una señora Keeney todo lo más aproximada posible a la realidad. Difícil papel el suyo, sobre todo en los momentos de expectación y silencio, o luego, al desatarse el nudo histérico que la orilla a la locura. Tiene ella un natural sentido de lo que hace, y la dirección sabe cuidarla. Con un poco de educación de la voz para estos roles dramáticos, nuestro Teatro de Cámara tendría en ella, indudablemente, una intérprete muy completa: sincera y dúctil como supo estar esa noche.

José Trejos vive el papel del Capitán con verdadero vigor. Se nos había dicho que era el un cómico por excelencia y que sería ésta su primera interpretación dramática. Hay que reconocer que no lo parece. Sostuvo con propiedad el personaje e hizo gala de una capacidad que debe de serle aprovechada en otras actuaciones del mismo tipo. A su lado Kenneth McCormick completó la buena interpretación con la sobriedad de un personaje bien entendido.

Quizá si esa noche la dirección hubiese acentuado un poco la lucha interior de ciertas pausas y, desde luego, al crescendo final de las voces varoniles sobre la risa de la mujer y la música del órgano —que debe de ser furiosa—, el efecto total del drama no tendría pero. Incluso ese "pero" tan pequeño. Moulaert consiguió en muy estimable medida la realización de la obra, creando con acierto la densidad de su ambiente.

El juguete cómico de Jardiel Poncela, "A las Seis en la Esquina del Boulevard", le dió al grupo del "Arlequín" una magnífica oportunidad de lucimiento. Este tipo de obras es, desde luego, de lo más "agradecidos" en esta clase de espectáculo. Lo que no quiere decir que dejen de intentarse otros esfuerzos, tan conseguidos como el que acabamos de comentar.

La obra de Poncela resulta un

caramelo para sus tres mujeres. Lindas las tres, claro está, y casi más que eso, perfectamente a tono. Vimos allí una Kítico Arguedas de cuerpo entero: bella, natural, desenvuelta, encantadora en todo momento. El papel le viene como anillo al dedo y ella sabe sacarle mucho partido. Clemencia Martínez hace otro tanto con el suyo, imprimiéndole con gran soltura la terca y tonta ironía de las "casildas", además de la gran belleza que le imprime sólo con aparecer y moverse en escena. Completa lucidamente el trío femenino Anabel Garrido, que en ninguna forma desperdicia oportunidad para mostrarse en todo a la altura de su amable papel y de sus otras dos compañeras. Ese pequeño conflicto de mujeres se apoya en un Rodrigo—marido y amante por partes iguales—, al que Moulacit supo salpicar de muy finas ridiculeces.

El público, que ríe de buena gana con esta obra de alivio, agradeció también con un largo y merecido aplauso el contraste que se le había brindado, medianamente ambas obras, en una sola sesión de buen teatro.

En el vestíbulo la señora Chita Luchaire expone 14 retratos a lápiz, todos ellos de asombroso parecido y delicada técnica, muy femeninamente conseguidos en cuanto a forma y expresión psicológica, que es excelente. El público se recreó buen rato viéndolos y tuvo muchos elogios para la artista, a los cuales sumamos nuestra congratulación.

F. M. C.

DE EFRAIN HUERTA, el poeta y amigo de México, hemos recibido la quinta entrega de Cuadernos del cocodrilo. Textos Amorosos, correspondiendo esta entrega a la poesía de Thelma Nava: "Aquí te guardo yo", con Dibujos de Alberto Beltrán y viñetas de Victoriano.

Ya tendremos oportunidad de reproducir las excelentes poesías y agradecemos este presente amistoso de Efraín Huerta, Jesús Arellano y A. Silva Vil'alobos.

PARA NUESTRO colaborador el escritor Carlos Salazar Herrera, nuestras más cumplidas excusas. Su colaboración en el

número pasado, lleva el título de UN MARIDO COMPLACIENTE Y UN NOVIO INTOLERANTE. Y le faltó a Tolerante el IN en el título, desvirtuando el sentido del trabajo de Salazar Herrera.

DE LOS TRESCIENTOS Y PICO DE MILLONES que van a gastar en el año próximo, autorizados por el presupuesto nacional, no creemos que haya una partida que represente mejor inversión que la pequeñísima subvención a "Repertorio Americano" y "Brecha" propuesta por el diputado Valladares Mora. Se toman los dineros de una partida de casi doscientos mil colones que se gasta bajo el rubro "publicaciones". Publicaciones que no conocemos— y que posiblemente serán muy técnicas— pero no de mayor utilidad ni provecho cultural, que "Brecha" y "Repertorio" de cuyas ediciones se tomarán 500 ejemplares para distribuirlos en escuelas, colegios y bibliotecas escolares. Si alguna vez lamentamos no ser diputados es en la oportunidad de dar un voto favorable

a esa moción del diputado Valladares Mora a quien felicitamos por su iniciativa.

La Nación, 30 de octubre de 1957

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA APROBO LA MOCION del Diputado Valladares Mora, de estímulo a los editores de las revistas nacionales "Repertorio Americano" y "Brecha" mediante la asignación de una partida de \$ 9.600.00 para la compra de 500 ejemplares mensuales de cada una de esas revistas, los cuales serán distribuidos por el Ministerio de Educación en las escuelas y colegios del país.

La labor eminentemente cultural que realizan ambas revistas fue ensalzada por el señor Valladares y por los diputados Garro y Muñoz Fonseca.

Dijo el primero que la trascendencia de la moción no radica precisamente en el apoyo económico para ambas publicaciones, sino en el apoyo moral de la Asamblea, de la representación popular para esas manifestaciones de alta cultura, que prestigian al país.

Garro hizo suyas las palabras

PILSEN

SABROSA ES POCO !



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.



de Valladares Mora y Muñoz Fonseca manifestó que es de un deber de la Asamblea dar este pequeño estímulo a dos personalidades del mundo de las letras costarricenses, que están poniendo muy en alto el nombre de nuestro país. Por medio de su "Repertorio Americano", dijo, el señor García Monge ha dado a conocer el nombre de Costa Rica en toda la América. El estímulo que vamos a aprobar será el homenaje, el reconocimiento de la Asamblea a la labor de ambos distinguidos costarricenses.

La moción fue aprobada casi por unanimidad. Únicamente los diputados Chaverri Benavides, Chacón González y Castillo Rojas, lo votaron negativamente.

El profesor de la Universidad, señor Chaverri, no dió ninguna razón para votarla en contra.

Los señores Castillo y Chacón dijeron que ningún beneficio se iba a conseguir con la moción para los colegios y escuelas porque el Ministerio de Educación no distribuirá los ejemplares y terminará vendiendo "estos periodiquitos" (así los llamó la señorita Chacón González) por libras.

Diputado
Rafael Angel Valladares Mora
Asamblea Legislativa.

Profundamente agradecidos su iniciativa apoyo Brecha. Trátaremos por todos los medios de hacer revista cada día más digna de divulgar cultura nacional. Por su medio quiero felicite Asamblea que apoyó iniciativa.

Atentamente, sus amigos,

Arturo Echeverría Loría
Adolfo Ortega Díaz.

Diputado
Julio Muñoz Fonseca
Asamblea Legislativa

Agradecemos de corazón apoyo iniciativa diputado Valladares y prometemos hacer de Brecha un digno exponente nuestra cultura. Para Ud. y compañeros nuestro agradecimiento.

Atentamente,

Arturo Echeverría Loría
Adolfo Ortega Díaz

Diputado
Joaquín Garro
Asamblea Legislativa

Reciba nuestras más calurosas muestras de agradecimiento por apoyo iniciativa Valladares Mora ayuda Brecha. Para Ud. y

compañeros de fracción nuestro agradecimiento.

Atentamente,

Arturo Echeverría Loría
Adolfo Ortega Díaz.

10 MANDAMIENTOS DEL ESCRITOR Y MEDICO BELGA *Georges Duhamel*, tomado de su obra de psicología infantil *viva "Les Plaisirs et le Jeux"*.

- 1) Nunca volverás a abrir de golpe una puerta: del otro lado puede estar agachadito uno de tus pequeños.
- 2) Medirás todos tus gestos y dominarás todos tus impulsos: ten menos arrebatos y más prudencia.
- 3) Mirarás al cielo con menos frecuencia, a cada momento mirarás a tus pies a fin de que no aplastes a tus pequeños enanitos.
- 4) Nunca volverás a cerrar de un tirón una gaveta: las pequeñas manos se meten en todas partes. Harás todas tus cosas lenta y cuidadosamente.
- 5) No volverás a dormir a pierna suelta: estarás siempre atento al menor suspiro; no podrás oír un sólo grito sin que, con el corazón palpitante, te preguntes si no será ese el grito... el grito que temerás oír durante toda tu existencia!
- 6) No volverás a encender fuego sin pensar que el fuego quema. No volverás a poner tu tasa de café al borde de la mesa. Apagarás con cuidado extremo las colillas de tus cigarrillos.
- 7) Tendrás un poquito menos de celo para tus figurillas frágiles. Renunciarás a coleccionar, a menos que sea en secreto, vasos y porcelanas quebrables. Dirás un adiós casi eterno a tus pipas de arcilla.
- 8) Nunca más comerás bocados gustosos sin pensar que hay unas boquitas a las que también les gustaría saborear esos bocadillos.
- 9) Pondrás el silencio diurno entre las cosas puramente accidentales, casi mitológicas.
- 10) No volverás a decir con la

soberbia seguridad de antes: "Tal día, haré tal cosa" Ahora pondrás en las alas de todos tus proyectos un infante: "puede ser que".

Esto es así y no te queda más camino que sacar el mejor partido que puedas.

Nueva York, 19 de Oct., 1957

Sr. don

Gonzalo Chacón Trejos
Tres Ríos, Costa Rica.

Estimado Gonzalo:

Ayer recibí el tomito titulado 'Tradiciones Costarricenses' (nueva edición), que con amable dedicación me enviaste por aéreo, y por el que te estoy muy agradecido. Me causó no poca emoción el ver que todavía, después de 35 años de ausencia, haya algún costarricense que se acuerde de mí.

He de atribuir a generosidad de amigo los hiperbólicos calificativos que me prodigas. Preciso es reconocer, empero, sin falsa modestia mi gazonería, que la camisa me queda un poco grande de cuello. Cualquier malicioso podría pensar en uno de esos errores de identificación cometidos a veces por testigos en juicios criminales, de resultas de los cuales un inocente ha tenido que descontar una condena por un delito que no ha cometido. Pero no hablemos más del asunto, no sea que yo mismo me sugestioné y llegue a creer que tanta belleza es verdadera. Tus conceptos pueden tomarse como un desiderátum que me sentiría muy feliz de alcanzar.

A pesar del poco tiempo de que dispongo, abrumado por el trabajo acumulado, después de una reciente y venturosa pulmonía, durante la cual pude saborear el inefable placer del *dolce far niente*, que es de por sí todo un galardón, no resistí la tentación de dar comienzo a la lectura del tomito, y antes de que esta carta llegue a tus manos lo habré leído por entero, no una, sino varias veces, pues es de los libros que invitan a releerlos. Si la bondad de un esfuerzo literario ha de juzgarse por la fruición que produce, he de decir que Tradiciones Costarricenses son un verdadero regalo del espíritu, exacerbado quizás en mi caso el deleite por la nostalgia que cada vez siento de modo más pronunciado, al saborear, magistralmente expuestas, las narra-

ciones de un pasado al que no me puedo sentir ajeno sino, por el contrario, muy ligado espiritualmente. Puede que haya en esta apreciación algo de vanidad patriótica, pero debo confesar padidamente que lo que llevo ya leído me ha producido más gozo que las Tradiciones Peruanas de Palma, en las que el afán literatesco del autor amengua un poco el valor de su obra como documento de la tragicomedia humana. En tu obra la "literatura", en el sentido despectivo en que empleó la palabra alguna vez Darío, de insinceridad retórica, está totalmente ausente, lo que no quiere decir, desde luego, que carezca de ese "módicum" de elegancia que exige toda verdadera creación artística sin caer en la cursilería fofa, de tal mal gusto, que afea los escritos de los que no han logrado madurez. Admiro la gran fuerza evocativa que tiene tu exposición, su diafanidad, a pesar de la gran copia de detalles que es menester proporcionar al reconstruir épocas bastante lejanas. Tienen tus relatos un profundo sentido de autenticidad. El catálogo de las cosas genuinas de la tierra, en cuanto a costumbres, indumentaria, adornos femeninos, adminículos, golosinas, etc., es verdaderamente impresionante y revelan un hábito muy acendrado de observación de las cosas y las personas y una atenta lectura de las crónicas, no muy abundantes por cierto, y otros escritos y documentos de la época en que se desarrollan los acontecimientos de que tratas.

Una cosa sí he echado de menos. Me parece que la obra debió haber sido precedida de un prefacio o introducción que aclare algunos puntos relacionados con las fuentes utilizadas en la reconstrucción, lo mismo que algunos otros detalles que interesa conocer al lector, especialmente al lector extranjero, ya que toda producción literaria de un país fácilmente traspasa las fronteras, aunque la intención del autor sea destinarla principalmente al consumo local. En una próxima edición convendría indicar la cronología de la composición de los diversos episodios del mosaico, pues así se les ahorraría trabajo a los futuros críticos. A veces la falta de una composición puede inferirse de acuerdo con la técnica que en la crítica llaman la "prueba interna". Por ejemplo, en "Suetos al Cielo... agarrados, al

Infierno...”, el hecho de estar dedicada la composición a Melico Echeverría hace suponer que se escribió antes de la muerte del simpático togado que tanto detestaba de su profesión. Pero la mención, al final, del *cha cha cha*, cuya introducción supongo ocurrió con posterioridad al fallecimiento de nuestro buen amigo, indica que o bien la composición es más reciente o que al hacerse una nueva edición se le introdujeron enmiendas, haciendo la dedicatoria anacrónicamente contradictoria.

En fin, me prometo analizar la obra más a fondo, no porque me haya impuesto el papel de crítico, que es extraño a mis aficiones, y, desde luego, a mi capacidad, sino porque el análisis lo hago siempre de todos modos, por hábito inveterado y para propia orientación en mis lecturas.

A causa de mi referida larga ausencia del país, no he podido disfrutar todo lo que hubiera deseado del trato continuo con uno de mis paisanos de más inquietud mental. Cuando salí del país, en 1922, eras todavía inédito, y sólo al regresar por poco tiempo, en 1929, me encontré con que habías escrito una novela sobre el difícilísimo tema de la historia contemporánea. (El Crimen de Alberto Lobo). Nunca tuve, sin embargo, oportunidad de leerla más que a la ligera y de modo incompleto. Pero mis recuerdos de tu persona se remontan a los años que cursé en el Liceo. Conforme se vive contemporáneamente van equilibrándose las edades, y personas con una diferencia de cinco o diez años de edad llegan al final a reputarse coetáneas. No ocurre así en la niñez o la adolescencia, en que una diferencia muy pequeña asume grandes proporciones. Tú me llevas apenas siete años y en 1910 o 1911, cuando pude indentificarte inequívocamente, te me antojabas no sólo como persona de mayor saber y gobierno, sino literalmente un gigante descomunal. No todos los de aquella generación gigantea lo eran de veras y en el transcurso de los años me he desengañado del error en que estaba. Digo esto porque entre los “mamulones” que me imponían más respeto estaba un pequeño gigante, perfilado, de cara alargada y un tanto melencólico, a quien yo tenía que ver por arriba del hombro. Cuando regresó de Europa hecho médico — y muy competen-

te, por cierto, — me dí cuenta de que ese colegial no era un habitante de Brobdingnag. Me refiero a mi distinguido amigo, el Dr. Joaquín Zeledón Alvarado. Pues calcula por ello cómo me impresionarías cuando un día nos congregó en el Edificio Metálico el Dr. Pérez Martín para escuchar un discurso que tú pronunciaste en francés en homenaje a Chanté (Don Luis Charpentier), recién fallecido. Tu dicción en francés me pareció castizamente gala y eché a volar la imaginación en toda clase de lucubraciones. Me pareció que no habías nacido como todos los demás niños, sino de un tamaño descomulgado; que un día que te llevaba la niñera en un cochecito, te habías rebelado contra esa humillación, le habías dicho a la niñera a la niñera, en francés “Ca suffit, Madame!”, y que saliéndote del coche le habías arrebatado el vehículo y te habías puesto a conducir tú mismo. Tales bromas le juega la imaginación a un mozalbete de meollo calenturiento como el mío.

Tu muy Affmo.

Cristian Rodríguez

EL TEXTO DEL ACUERDO INTERNACIONAL patrocinado por la UNESCO y destinado a favorecer la circulación de los representantes de cincuenta y dos gobiernos reunidos en el Palacio de las Naciones en Ginebra. Como resultado de sus deliberaciones un informe especial será comunicado a todos los Estados Miembros, insistiendo en la necesidad de considerar los elementos de la cultura como algo de carácter distinto a las transacciones de interés comercial e industrial. La exención de aduanas, según ese texto preliminar, debe interpretarse en el sentido más amplio a fin de que todos los hombres tengan acceso a los medios educativos y científicos. Actualmente el Acuerdo tiene aplicación en 16 países y varias naciones han anunciado su adhesión en un futuro próximo. A título indicativo cabe mencionar que Suiza ha permitido la importación de equipo científico por valor de 25.000 dólares exento también del pago de los derechos de aduanas.

Los materiales enunciados dentro de estas ventajas son los libros, periódicos, revistas, obras de arte, mapas y partituras mu-

sicales. También quedan exentos a las películas de actualidades y de carácter educativo, el equipo científico y las grabaciones destinadas a instituciones previamente reconocidas.

Las naciones participantes, por último, consagran el principio de que la importación material de esta naturaleza debe ser favorecida en la medida de lo posible, mediante la concesión de las divisas extranjeras pertinentes.

El informe que ha de ser comunicado a los Estados Miembros da una noción cada vez más amplia de las diversas categorías de objetos comprendidos en el Acuerdo.

La reunión estuvo presidida por el señor A. R. Ashford, del Reino Unido, ocupando las vicepresidencias los señores Enrique Camejo Argudin (Cuba) y Obeboon Vanikkul (Tailandia).

HERNAN PRADENAS JARA, DIRECTOR Y PROFESOR de Filosofía, Literatura Chilena Hispanoamericana del “Instituto de Recuperación” de Concepción, República de Chile, saluda muy atentamente a Ud. y le encarece, profundamente, se sirva tener la gentileza de enviar — como obsequio para nuestra “Primera Exposición de Arte Pictórico Latinoamericano” — algunas de sus obras, ya que en este torneo artístico internacional se exhibirán cuadros de los pintores más representativos de América.

Esta “Primera Exposición de Arte Pictórico Latinoamericano”, que se llevará a efecto del 4 al 10 de Marzo del próximo año de 1958, promete alcanzar — por las

numerosas donaciones que han llegado hasta la fecha — un éxito sin precedentes en la historia de los torneos artísticos realizados en Chile.

En el mes de julio, recién pasado, el “Instituto de Recuperación” patrocinó la primera “Exposición del Libro Latinoamericano” en Chile, festival literario que fue todo un éxito en nuestra República, pues cooperaron, en dicha oportunidad, todas las naciones que integran nuestra América Latina.

Una vez finalizada nuestra “primera exposición de Arte Pictórico Latinoamericano”, los cuadros quedarán en la “Sala Permanente de Arte” de este Instituto, para que puedan ser apreciados por el público que constantemente está visitando el establecimiento.

Pradenas, junto con reiterarle su consideración más distinguida, le ruega enviar, también, su fotografía, tamaño postal o semipostal; datos biográficos acerca de su persona; premios que le han sido concedidos y el nombre o títulos de sus cuadros más famosos, a fin de que el público chileno pueda apreciar — concretamente — el valor artístico de su obra pictórica.

Concepción 31 de Oct. 1957.

Todo envío de cuadros o telas debe ser remitido a la siguiente dirección:

“INSTITUTO DE RECUPERACION”

Calle Orompello N° 100

Concepción

(República de Chile).



MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.
Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).
Motores Diesel "Petter".
Equipo para construcción de carreteras.
Compresores de aire "Worthington".
Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".
Bombas para agua "Worthington".
Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".
Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".
Palas Mecánicas "Link-Belt".
Quebradores de Piedra "Universal".

Surtido de Repuestos.

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

SECCION AVICOLA

Compra de Maíz Amarillo para Mezclas

La Sección Avícola está interesada en adquirir partidas de maíz amarillo de producción nacional, última cosecha, para uso en mezclas de alimentos avícolas. Los interesados pueden dirigir sus ofertas al Consejo Nacional de Producción, Sección Avícola.